



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

FACULTAD DE ESTUDIOS SUPERIORES ARAGÓN

**CALLE DE TACUBA, CRÓNICA DE UNA VIDA
FASTUOSA QUE POR AZARES DEL DESTINO
CULMINÓ EN LA INDIGENCIA**

CRÓNICA HISTÓRICA

**TRABAJO PERIODÍSTICO Y COMUNICACIONAL
QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADO EN COMUNICACIÓN Y
PERIODISMO**

PRESENTAN:

**MARÍA ALEJANDRA FALCÓN HERRERA
CLAUDIA PAOLA GUTIÉRREZ GUZMÁN**

ASESOR:

**LIC. ALBERTO FERNÁNDEZ DE LARA
QUESADA**



**NEZAHUALCÓYOTL, ESTADO DE
MÉXICO 2017**



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

AGRADECIMIENTOS

*“No es grande el que siempre triunfa,
sino el que jamás se desalienta”.*
José Luis Martín Descalzo

A mis padres, mis principales motores, por tantos ejemplos dignos de superación y entrega; gracias por hacer de mí una gran persona.

A mi mamá Alejandra. Sabes que el camino no fue nada fácil, pero lo logramos. No me alcanzará la vida para devolverte todo lo que has hecho por mí. Te agradezco nunca haberme soltado, tu comprensión, tus consejos, tus desvelos, alegrarte por mi felicidad y llorar por mis tristezas; por celebrar mis triunfos y por enseñarme a aprender de las derrotas. Te amo.

A mi papá Salvador (†). Dicen que dios pone las pruebas más duras a sus soldados más valientes, y la tuya, por mucho, ha sido la más dolorosa. Gracias por haberme enseñado a luchar por mis sueños y mis ideales; por haberme brindado tu apoyo incondicional y tu amor eterno. Sé que nos separan miles de kilómetros, pero, papá, esto va por ti. Te amo.

A mis hermanos Jorge y Hugo, mis “superhéroes”, por todo su apoyo incondicional y paciencia; por preocuparse por su hermana menor, y por todo el cariño que me dan día a día. Esto también es suyo. Los amo.

A mi compañera de tesis Paola, que más que eso es mi gran amiga; gracias por tu dedicación y esfuerzo en este trabajo; por brindarme tu amistad y apoyo.

A mi amiga Larisa que ha estado conmigo en todo momento y me ha alentado a no darme por vencida.

A mi novio Arturo Vielma por ser esa persona especial en mi vida y demostrarme que siempre voy a poder contar con él.

A todos mis amigos de la universidad, preparatoria, secundaria que están y han marcado mi vida, muchas gracias.

A la UNAM, que desde los 12 años me dio la oportunidad de comenzar esta aventura como universitaria. Gracias, Iniciación Universitaria; gracias, Escuela Nacional Preparatoria No. 2.

Ma. Alejandra Falcón Herrera

Bien dicen que todo esfuerzo tiene su recompensa, y hoy, finalmente, puedo verlo fructificado con la culminación de mi trabajo de titulación. Sin embargo, todo esto no lo habría logrado sin el apoyo incondicional de mi familia, que sin dudarlo siempre ha estado conmigo hombro con hombro y apoyando mi formación.

Gracias a cada uno de ustedes, porque saben que llegar hasta aquí no fue nada fácil; por ello, quiero dedicarles el presente trabajo: la mayor prueba de que el que persevera alcanza.

Es así como en este día tan especial quiero agradecer en primer lugar a Dios, porque, aunque en ocasiones renegué e incluso pensé en tirar la toalla, la fe en él me sirvió de aliciente para no rendirme y enfrentar los obstáculos que se cruzaron en mi camino.

Quiero agradecer de manera especial a mi mamá Laura que, a pesar de nuestras diferencias de carácter, me brinda su apoyo y cariño; además de creer siempre en mi capacidad y ganas de concluir una carrera universitaria. La admiro por demostrarme a diario la guerrera que es al ser padre y madre para mi hermana y para mí.

También quiero dar gracias a mi abuelita Audelia porque, aun cuando me hubiera encantado dedicarle esto en persona, hoy ya no está físicamente para ver este logro que también se lo debo a ella por ser como mi segunda madre; sé que desde donde se encuentre está muy orgullosa de la mujer y profesionalista que soy.

No menos importante está mi tía Leticia, quien también siempre ha sido un apoyo fundamental tanto en mi vida profesional como en la personal; a ti por siempre escucharme y brindarme un consejo, gracias.

Hermana Valeria, gracias a ti también por ser mi compañera de juegos y mi confidente, pero sobre todo por estar al pie del cañón durante toda mi formación profesional, en especial en los momentos en los que quería darme por vencida.

Tío Ángel, papá, a ti también te agradezco por ser mi figura paterna y tener siempre para mí palabras de aliento, cariño y un amor incondicional que sólo un padre está dispuesto a brindar.

Por último, dedicar y agradecer a cada una de las personas que de alguna manera contribuyó a lo largo de mi formación profesional: a mis profesores, compañeros y amigos, en especial a ti Alejandra, porque juntas construimos este trabajo que hoy nos tiene aquí a un paso de obtener nuestro título profesional.

Claudia Paola Gutiérrez Guzmán

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	1
TACUBA UNA CALLE CON HISTORIA	4
Historia de la calle de Tacuba	5
Lugares emblemáticos en Tacuba	12
La Orden de las Clarisas.....	12
Convento de Betlemitas	16
Hospital de San Andrés	22
Un refugio para los conspiradores	25
La Vasconia	28
Perfumando a Tacuba	30
El café llega a México.....	33
LOS VECINOS DE TACUBA	36
Habitantes distinguidos	38
El estilista valenciano: Manuel Tolsá	38
Un Periquillo en la cárcel: Joaquín Fernández de Lizardi	40
El once veces seductor de la patria: Antonio López de Santa Anna.....	41
La viajera: Marquesa Calderón de la Barca	43
De político a literato: Manuel Payno	44
Un himno obligado a escribirse: Francisco González Bocanegra	46
El canto de un ruiseñor: Ángela Peralta	48
El revolucionador de las letras: Justo Sierra	50
Un poeta enamorado: Manuel Gutiérrez Najera	51
Inquilinos en Tacuba	54
Zapatos Jetzibe	54
La Chulita.....	56
La Bombi	59
Creaciones D,Hilop	62
JOSEFA SÁNCHEZ BARRIGA, LA TRÁGICA HISTORIA DE UNA DAMA	64
Josefa Sánchez Barriga: ¿Quién fui?	65
Personajes ilustres que rodearon mi vida	66
De una vida ostentosa a la cruel indigencia	68
A MANERA DE CONCLUSIONES	72
FUENTES DE CONSULTA	76
ANEXO	80

Presentación

La calle de Tacuba, crónica de una vida fastuosa que por azares del destino culminó en la indigencia es una crónica urbana que nace de una firme convicción: honrar a uno de los sitios más emblemáticos de la Ciudad de México e incluso de nuestro país, el Centro Histórico, el cual a lo largo de sus calles, edificios y casonas encierra extraordinarias historias que valen la pena retomar y exponerlas a las nuevas generaciones.

La calle de Tacuba, particularmente, es un extraordinario ejemplo de todo aquello que el Centro Histórico aún aguarda para ser descubierto. Basta recordar que aquí vivieron personajes ilustres de la vida artística, social, cultural y económica de la Ciudad de México, y que sin sus aportaciones la historia, como ahora la conocemos, no sería la misma.

Explorando los rincones y secretos de esta maravillosa calle, que abarca del Eje Central hasta la esquina de la calle Monte de Piedad, descubrimos una de las historias más trágicas que ahí se gestó, la de doña Josefa Sánchez Barriga, la última virreina de la Nueva España. Este acontecimiento fue otro aliciente para el desarrollo de nuestro trabajo periodístico, con el cual buscamos se conozca a este personaje que la historia se empeña en olvidar.

El Centro Histórico de la Ciudad de México es uno de los sitios más icónicos, histórico, culturalmente hablando; sin embargo, es importante que las nuevas generaciones enriquezcan su bagaje cultural más allá de los libros de historia y se adentren a consultar este tipo de trabajos que ofrecen una perspectiva diferente de los rincones menos apreciados del centro, particularmente de la calle de Tacuba.

México es un país rico en diversidad étnica; no obstante, todos tenemos un origen que bien vale la pena enaltecer, de ahí la importancia de conocer no sólo los personajes que marcaron con sus acciones la historia como hoy la conocemos, sino también de aquellos que viven, trabajan y convergen diariamente en esta ciudad.

Si bien esta no es la única crónica que habla sobre Tacuba, sí ofrece la posibilidad de fusionar en un mismo texto aspectos del pasado y el presente de esta calle, relatos de sus protagonistas que de manera directa o indirecta han sido testigos por varias décadas de los cambios que se han gestado en la calle, en la ciudad e incluso en el país.

Ofrece el testimonio de viva voz de los protagonistas, anécdotas, vivencias, aventuras y recuerdos, ya sea por vivir, trabajar o simplemente transitar esta vía, misma por la que también desfilaron infinidad de figuras emblemáticas de la historia de México y el mundo.

En el capítulo uno, presentamos *Tacuba, una calle con historia*. En este primer viaje abordaremos la historia de la calle desde tiempos de la antigua Tenochtitlán, pasando por la llegada de los conquistadores y los cambios que esto generó en la sociedad y demográficamente. Del mismo modo, se incluye la semblanza histórica de lugares pioneros de la calle, algunos de los cuales se conservan hasta nuestros días.

En el capítulo dos, presentamos *Los vecinos de Tacuba*. Seguimos este viaje con un apartado en donde abordaremos algunos acontecimientos de la vida de personajes emblemáticos que vivieron en la calle, ya sea por aportaciones en ámbitos de la vida política, cultural y social del país, y que trascendieron en algunos casos la esfera internacional. Además, surgirán nuevos personajes que actualmente forman parte de una nueva historia.

En el capítulo tres, presentamos *Josefa Sánchez Barriga, la trágica historia de una dama*: este viaje finalizará con la triste historia que vivió a su llegada a México la última virreina de la Nueva España y esposa de Juan de O'Donojú, misma que, al morir su esposo, quedó indefensa en un país que no conocía, terminando sus días en la indigencia.

La realización de esta crónica urbana nos llevó a consultar libros y revistas históricas, videos, entrevistar a personajes del mundo periodístico que destacan en el ramo de la crónica, siendo todo esto nuestra fuente de investigación

documental. En el campo, visitamos los lugares y recabamos todas esas historias que también merecen ser contadas de viva voz de sus personajes.

Sin más, el presente trabajo invita a ir más allá de lo que nuestros propios ojos ven. Invita a conocer aquellos espacios físicos, a fin de seguir preservando las historias, las leyendas, los rumores que pueden rodear a un lugar tan fascinante como la calle de Tacuba.

Tacuba una calle con historia

Bernal Díaz del Castillo lo dijo:

“[...] y desde que vimos aquella calzada tan derecha y por nivel como iba México, nos quedamos admirados y decíamos que parecía a las cosas de encantamiento que cuentan en el libro Amadís, por las grandes torres y edificios que tenían dentro del agua y todos de cal y canto y aun algunos de nuestros soldados decían que si aquello que veían si era entre sueños y no es de maravillar que yo escriba aquí de esta manera, porque hay mucho que ponderar en ello. No sé cómo lo cuento, ver cosas nunca oídas, ni aún soñadas como veíamos [...]”.¹

Aquí inicia el recorrido por la historia de una de las calles más fascinantes de la Ciudad de México, trazada por Alonso García Bravo, por orden de Hernán Cortés, como un tablero de ajedrez, y que además protagoniza una de las primeras crónicas urbanas, la de 1554 de Francisco Cervantes de Salazar. Cuántos

¹ Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva-España*, Editorial Porrúa, 2015, p.81.

personajes, cuántos habitantes, cuántos caballos había, cómo lucían las construcciones.

Historia de la calle de Tacuba

De entre las grandes ciudades del mundo, pocas han sufrido la destrucción y pérdida de monumentos históricos y artísticos como la Ciudad de México. Los palacios, acueductos, casas, santuarios que alguna vez tuvieron un gran florecimiento, fueron en su mayoría destruidos por el azote de los conquistadores.

Miles de historias se tejen día a día en las calles de la Ciudad de México, pero ninguna como la escrita en la de Tacuba; en ella ha florecido la historia que ha dejado huella a través del tiempo. Imponente calle, ancha y hermosa; conocida en tiempos prehispánicos como calzada de Tlacopan, unía la capital azteca con tierra firme. De acuerdo con el cronista Artemio de Valle Arizpe, esta calle es la misma vía que originalmente iba desde la Plaza Mayor hasta la distante Tuxpana.

Su nombre (Tlacopan) deriva, según el doctor don Antonio Peñafiel, de una corrupción fonológica del náhuatl “lugar de jarillas o situado en las jarillas”, que es un arbusto espeso con flores amarillas de cinco pétalos.

Asentado en las tierras fértiles de la entonces ribera occidental del Lago de Texcoco, se encontraba el señorío de Tlacopan. Fundado por Tlacomatzin, estaba sometido al Señorío Tepaneca de Azcapotzalco, el mayor y el más estable señorío de la Meseta Central.

Para derrocar a Azcapotzalco, Tlacopan se alió con los señoríos de Tenochtitlán y Texcoco en la Triple Alianza, en el año de 1434 d. C. La Triple Alianza salió victoriosa y así le fue cedida a Tlacopan la quinta parte de la distribución total de los pueblos conquistados.

Originalmente, el inicio de esta calle comprendía el tramo que actualmente se encuentra entre República de Guatemala y República de Argentina; la misma que corre a espaldas de la Catedral Metropolitana y que antiguamente se llamaron Escalerillas y del Reloj.

Por esta calle pasó infinidad de veces Moctezuma, vestido siempre como un dios, con grandes labores de oro. A su lado siempre fieles en su caminar, lo acompañaban sirvientes y la magnífica presencia de sacerdotes, guerreros, caciques y damas, perfectamente ataviados en ropajes multicolor, con adornos de plumas y piedras preciosas.

La calzada a diario era el escenario del bullicio provocado por las distintas actividades que ahí se generaban: el comercio sin duda ocupaba un lugar preponderante. Por esta calle caminaron los indios macehuales, quienes a cuestas

llevaban sus mercancías, sus cargas de loza, de mantas, de flores, de hierbas olorosas, gran variedad de aves, conejos y peces, entre otros animales que servían de alimento.

En la calzada de Tlacopan además se celebraron rituales. Era en el solsticio de invierno cuando se celebraba la ruta del Panquetzaliztli (levantamiento de banderas), la fiesta mexicana más importante realizada en honor a Huitzilopochtli. Según lo contado por el historiador fray Diego Durán, para la culminación de las fiestas se realizaba un extraño ritual, el cual consistía en llevar un ídolo de masa y recorrer con él gran parte de la ciudad sin detenerse; en diversos puntos del camino había arcos triunfales adornados con flores, plumería y banderas de oro. Cuando el participante volvía de la procesión, éste era recibido con danzas y bailes.

Los nobles de aquella época caminaron por esta calle acompañados de sus sirvientes, ataviados con hermosos ropajes, los cuales resaltaban por su excelente decoración, en la que el detalle principal eran las joyas preciosas. En sus manos, pies y cuello se dejaban ver detalles en oro, jade y obsidiana; en su cabeza, plumas de las aves más extraordinarias.

Por esa calle Hernán Cortés caminó junto con sus hombres, quienes eran admirados con asombro por los pobladores; su blanca piel y sus barbas rubias resaltaban inmediatamente a la vista, junto con sus extraños trajes de hierro; los caballos que montaban también eran algo nuevo; además, se tenía la creencia de

que el animal junto con el hombre eran un mismo ser, tal y como en la mitología griega se cría que era el centauro; sus armas eran otro elemento que causaba el asombro de la gente, aquellos artefactos que retumbaban y a su vez causaban la muerte.

Pero los españoles también sucumbieron ante la admiración, quienes sorprendidos contemplaban los templos de piedra que se levantaban imponentes frente a sus ojos, las calles bulliciosas, con sus comerciantes y pobladores, el acueducto y sus canales, puentes de madera y pequeñas canoas trasportando mercancías que la tierra les regalaba.

Durante la época de la Conquista, Tlacopan fue testigo del acuartelamiento, durante ocho meses, de la tropa de Hernán Cortés y sus aliados en el Palacio de Axayácatl (o Casas viejas de Moctezuma), que abarcó la extensión que en la actualidad corresponde a las calles Monte de Piedad, Madero e Isabel la Católica.

Sin embargo, más tarde esta calle, que vio con esplendor y cierto temor la llegada de los españoles, también atestiguó la derrota sufrida el 30 de junio de 1520 y que trajo como consecuencia, la huida en la ya famosa “Noche Triste”, en la que además Cortés perdió casi la mitad de su milicia.

La ambición de los conquistadores fue su más grande enemigo, pues a la hora de enfrentarse con los indios, lo pesado de sus ropas, por todo el saqueo de piedras

preciosas que habían llevado a cabo, les hizo una mala jugada y les entorpeció la oportunidad de defenderse.

En el siglo XVI, la calzada de Tlacopan había adquirido una gran importancia, lo que hizo comprender a los españoles su utilidad estratégica y de comunicación. Era una vía ancha con una acequia paralela, arbolada en ambos lados y por el centro corría el doble conducto que llevaba agua desde Chapultepec hasta Tenochtitlán. La fuente estaba situada frente a la casona de los Mariscales de Castilla y es por eso que se le dio el nombre de fuente de la Mariscalá. Por su trascendencia, este camino fue rápidamente tomado en cuenta por los conquistadores, de tal manera que en una ordenanza del cabildo municipal se consideró como una de las dos calzadas que debía conservarse, ya que ésta unió a la isla con tierra firme, con construcciones españolas hechas a contramuro.

En su recorrido fueron surgiendo pequeños asentamientos que se convirtieron después en barrios: San Cosme, San Antonio de las Huertas, San Sebastián Popotla y así hasta llegar al centro de Tacuba. Esta calle estuvo formada por muchos caserones, que habitaron criollos y nobles con grandes riquezas. Las casonas primero fueron sombrías, acatando el estilo que en ese momento dominaba, tenían pocas ventanas hacía la calle, como señal de que la intimidad en el interior era lo más importante. También su arquitectura se caracterizaba por grandes muros lisos de tezontle, rejas de hierro y portones amenazantes por los clavos que de éstos salían.

Estas casonas en realidad eran utilizadas como casas de descanso, como fortalezas listas para cualquier ataque o insurrección de los indios. Más tarde, la idea en la construcción de éstas también cambió, adquiriendo más gracia; los estilos barroco y churrigueresco se hicieron presentes, brindando mayor majestuosidad.

Durante el siglo XVIII la importancia de la calle hizo que se le uniera el acueducto que traía el agua desde Chapultepec, proveniente de Santa Fe. En esta época la vía inició desde la fuente de la Mariscal, sobre el límite poniente de la traza que constituía la acequia de San Francisco, y en su trayecto se encontraban importantes puntos urbanos: el convento de Santa Isabel (hoy Palacio de Bellas Artes), tras pasar la Alameda, le sigue el convento de San Diego, luego la importante plaza que enfrentaba las fachadas de la Santa Veracruz y San Juan de Dios, después la Iglesia de San Hipólito con el famoso hospital para dementes y, por último, el Convento de San Fernando. Como consecuencia de la importancia de estas edificaciones sobre la calzada, la nobleza novohispana comenzó la construcción de casas de campo en la parte frontal de los solares de las huertas.

En la acera norte, donde ahora se encuentra la unidad del Seguro Social y la Avenida Hidalgo, se encontraba una mansión construida por don Manuel Tolsá, que cobijó al ilustre arquitecto y posteriormente pasó a manos de don Rafael Martínez de la Torre, abogado defensor del emperador Maximiliano en 1867.

Incluso es en esta calzada donde nace una famosa leyenda, la de Puente de Alvarado, nombre que permanece hasta nuestros días. Se dice que tras la huida de los españoles, Pedro de Alvarado, conquistador que acompañó a Hernán Cortés en su expedición a México, lleno de lodo, ensangrentado, herido y a pie, tomó una lanza que encontró en su camino y saltó la zanja que le impedía continuar su escape. Sin embargo, otros relatos aseguran que el verdadero objeto que le permitió huir fue una viga. Una vez a salvo robó el caballo de uno de los soldados y huyó.

En el último tercio del siglo XIX la vieja calzada de Tlacopan comenzó a sufrir los primeros estragos del “progreso”; el acueducto fue demolido desde la fuente de la Mariscalá hasta el convento de San Fernando. Posteriormente, en 1871, la arquería se arrasó hasta la garita de San Cosme, ocasionando uno de los más absurdos atentados contra nuestro patrimonio histórico junto con el de 1879, cuando fue demolida la fuente de los músicos, bello monumento barroco que aún podemos conocer gracias a algunas litografías.

Con el paso del tiempo, la destrucción de la calzada siguió. En los años cincuenta una ampliación arrasó con los jardines del lado norte; en la década de los sesenta y setenta se recortaron los alineamientos de uno y otro lado para las obras del metro, salvándose milagrosamente la Casa de la Condesa de Buenavista (hoy Museo Nacional de San Carlos) y la Casa de los Mascarones.

Lugares emblemáticos en Tacuba

Hoy en día Tacuba es tomada por el ambulante; sin embargo, en esta calle que cuenta con una de las plazas más bellas de la Ciudad de México: Plaza Tolsá, y en la que se construyó el primer mito de la ciudad, yacen lugares fascinantes —no sólo es Correos, MUNAL, Minería— dispuestos a que su historia se conozca.

La Orden de las Clarisas

Nadie imaginaría que aquel edificio que se levanta sobre la calle de Tacuba, a un costado del metro Allende, fuera uno de los lugares más concurridos por allá del siglo XX; muchísima gente hacía filas para entrar, filas que daban vuelta sobre Bolívar, simplemente era una locura.

Hasta mediados del siglo XX la mayoría de las escuelas y facultades de la UNAM se ceñían en el Centro Histórico de la ciudad: el barrio universitario se cobijaba de “La Ciudad de los Palacios”.

Dicho de otra forma, es ahí donde justamente se asoma este edificio que desde 1936 hasta la fecha, o sea 80 años, ha fungido como la Biblioteca General del Congreso de la Unión, y no como una iglesia ante la cual hay que persignarse.

El edificio perteneció al convento de Santa Clara. En el año de 1579 las monjas clarisas que ocupaban la ermita de la Santísima Trinidad decidieron que debían

trasladar el convento a un lugar más amplio, y adquirieron unas casas ubicadas en el sitio llamado por los indígenas Pepetlán (fábrica de esteras o petales) que estaban localizadas en la esquina de las calles de la antigua calzada de Tlacopan y la calle de Vergara.

En particular el inicio de la orden de las Clarisas tiene lugar durante la apertura de un hospital en la ciudad de Nápoles, Italia, por la religiosa María Lorenza Longo, el cual fue atendido por una comunidad de terciarias franciscanas.

Ante la llegada de los Hermanos Capuchinos en 1529, sor María decidió que era momento de una nueva reforma a la orden; sin embargo, no fue sino hasta 1535 que tras quedar el hospital bajo la dirección de Cayetano de Thiene, éste consiguió que Roma le concediera una aprobación canónica, y así con ésta quedaría con el nombre de las Hermanas Franciscanas de la Tercera Orden.

No obstante, en 1538 Cayetano bajo la influencia de la labor que realizaron los Capuchinos y con la confirmación de Pablo III, se llevó a cabo el 10 de diciembre la fundación de la orden de Santa Clara y la dirección espiritual de los Capuchinos.

En el año de 1573 el sector femenino de la orden franciscana o también conocido como Clarisas llegó a México y se estableció en el Convento de Santa Clara; comprendido por dos puertas en el costado, mismas que daban a la calle; sin embargo, un aparatoso incendio en 1775 arrasó con sus altares, por lo que cerca de 83 monjas y más de 150 novicias fueron instaladas en el Convento de San Francisco hasta que la iglesia fue reparada por completo. Para su manutención las

monjas hicieron uso de la fama de su delicioso rompopo, elaborado artesanalmente y con los mejores ingredientes que eran el deleite de la población.

Por supuesto que, como muchas otras órdenes, la de las Clarisas también fue exclaustrada en 1861. Con ello, en su mayoría el convento fue demolido y vendido a particulares. Quedó sólo en pie la iglesia, misma que muchos años después daría paso al recinto que hoy en día alberga alrededor de 118 mil volúmenes entre publicaciones periódicas y libros de consulta.

La biblioteca nace de una iniciativa presentada ante el pleno de la Cámara de Diputados el 24 de agosto de 1935, para que prestara un servicio al pueblo, al permitirse el acceso a ella. Posteriormente dicha propuesta fue ampliada, y el 12 de noviembre de 1935 los diputados Luis Mora Tovar, Demetrio Bolaños Espinosa y Carlos A. Calderón, integrantes del “ala izquierda” de la XXXVI Legislatura de la Cámara, presentaron la iniciativa para instalar y reorganizar la biblioteca.

Así, el 4 de septiembre de 1936 por el licenciado Gonzalo Vázquez Vela, secretario de Educación, en representación del presidente de la República, General Lázaro Cárdenas, es inaugurada la Biblioteca General del Honorable Congreso de la Unión, “a mi me gustaría que tuviera otro nombre; está muy largo”, dijo Isela Rosales Marín, directora del lugar.

Este sitio es históricamente emblemático porque por decreto de las Leyes de Reforma, de Benito Juárez, se le quitó al clero y pasó a ser del Estado.

“Este lugar, ahí donde lo ven, era un edificio que estaba prácticamente abandonado. La capilla que se encuentra a un lado fue tienda de abarrotes, fue cantina, también fue basurero. Ya en 1992 se hizo una remodelación total”.

Los servicios bibliotecarios iniciaron con un acervo de nueve mil 814 volúmenes de la Cámara de Diputados, cuatro mil 270 volúmenes de la Cámara de Senadores, mil 243 volúmenes de la Contaduría Mayor de Hacienda, mil 151 volúmenes adquiridos por compra y donación de instituciones públicas y privadas, destacando las bibliotecas madrinas: Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos de Norte América, Museo Británico de Londres, Biblioteca Nacional de París, Biblioteca Nacional de Madrid y el Instituto Iberoamericano de Berlín, comentó Elizabeth Fuentes, referencista de la biblioteca, quien siempre está dispuesta a dar el mejor servicio en el lugar que le ha dado tanto como profesional y en su vida personal durante 25 años.

“La biblioteca se adaptó como biblioteca pública. Desde su apertura siempre se manejó que así fuera: una biblioteca pública y general; general en el sentido de todas las áreas del conocimiento”.

Hoy en día está dirigida a un público de nivel medio superior hacia arriba. “Justamente por las características que tenemos alrededor y por las características del mismo edificio, no funcionamos como cualquier biblioteca pública, somos una biblioteca muy diferente. Porque nosotros no tenemos área infantil; las bibliotecas regularmente tienen una, nosotros no la tenemos”.

En efecto, el personal de la biblioteca orienta al usuario en la búsqueda del material requerido y lo asesora acerca del material bibliográfico y hemerográfico adecuado a sus necesidades de información. “Hay una frase por ahí que dice un bibliotecario: Google te puede arrojar 100 mil respuestas, pero un bibliotecario te puede dar la correcta”, expresó Elizabeth.

En fin, la directora y los trabajadores buscan hacer de este un espacio cultural en donde la gente acuda, quizás no como antes cuando las filas eran inmensas y hasta los alumnos de Medicina hacían huelgas porque sus libros formaran parte del acervo del lugar. Y es que, a pesar de la misma esencia del espacio físico como monumento histórico, al cual no se le puede hacer nada, se quiere que este recinto siga más vivo que nunca.

Convento de Betlemitas

Actualmente este recinto alberga el Museo Interactivo de Economía, mejor conocido como el MIDE. Espacio destinado a la divulgación de la ciencia económica y promoción de la educación financiera. Este edificio colonial es el claro ejemplo de que el pasado y el presente no están peleados.

La mayoría de las personas desconoce que este espacio en la época virreinal resguardo a una de las congregaciones religiosas más importante de aquella época los “Betlemitas”, de la orden de Nuestra Señora de Bethlem.

La historia de este nosocomio tiene sus orígenes con el nacimiento de su fundador, Pedro de San José Betancur García, el 21 de marzo de 1626 en Tenerife, España, quien con la vocación de servir a los demás, así como su fervor religioso, tomó la determinación de seguir su labor en el continente americano y es así como en 1651 emprendió la aventura a territorio guatemalteco.

Sin embargo, Betancour cayó gravemente enfermo, hecho que lo hizo rodar por varios hospitales para conseguir asistencia médica y al ver el trato inhumano que se les brindaba a los pacientes, una vez recuperado tomó la determinación de fundar una orden religiosa hospitalaria dedicada a la atención de los convalecientes, ya que éstos sólo estarían por algunos días en las instalaciones del nosocomio dando oportunidad a otras personas de recibir ayuda. Es así como en 1658 en el barrio de la Santa Cruz en la Antigua Guatemala fundó el modesto Hospital de Bethlem.

A la muerte de Betancour, el 25 de abril de 1667, su lugar fue ocupado por Fray Rodrigo de la Cruz, quien se encargó de escribir las “Constituciones” de la compañía Betlemítica a petición de su fundador; éste era un documento de carácter normativo que los miembros de la orden debían seguir.

La historia del hospital, en México, señala que en un callejón conocido como de Villerías se encontraba una construcción que Juan de San Vítores y Cristóbal Vidal querían convertir en un lugar en que se le diera asilo a las mujeres desvalidas, todo esto bajo la orden de la Congregación de San Francisco Xavier, que finalmente por falta de recursos nunca pudo ser abierto para tal fin.

Son el virrey Fray Payo de Ribera y el Conde de Santiago quienes pidieron que este edificio fuera entonces otorgado a la congregación de los Betlemitas en conjunto con la de San Francisco Xavier; este hecho ocurrió el 7 de abril de 1675.

Una vez cedido el inmueble, los Betlemitas comenzaron a trabajar arduamente en su labor, y fue así como el nuevo hospital quedó dividido en tres salas: una para la atención de indios, mestizos y negros; otra en exclusiva para españoles y la última destinada a los religiosos, además de enfermerías, botica, un templo provisional y una sala especial para la enseñanza a niños pobres.

Con el paso de los años, el aumento de la población, así como la necesidad de servicios hospitalarios significó la ampliación del nosocomio y la construcción de un nuevo y majestuoso claustro conventual, noviciado, enfermería, 16 accesorias comerciales y sedes escolares para niños; esto sucedió en 1758. La obra corrió a cargo de don Lorenzo Rodríguez, considerado uno de los mejores arquitectos de la época, quien construyó estas nuevas instalaciones bajo la influencia de corrientes como el barroco, el neoclásico y una fuerte carga simbólica betlemita guatemalteca.

La decoración, a pesar de estar inspirada en corrientes que destacaban por el uso excesivo de la ornamentación, los Betlemitas buscaron mantener una imagen de sobriedad y humildad que exaltara su religiosidad y sus votos basados en la obediencia, pobreza, castidad y hospitalidad.

Dentro del nuevo complejo resaltaron las imágenes de ramificaciones de donde brotaban flores del árbol típico de la Antigua Guatemala, el esquisúchil, considerado en aquella época como milagroso; además, también se podía encontrar el símbolo de la orden, en el cual destacaba una estrella de ocho picos de la que se desprendían tres coronas, simbolizando a los reyes magos en su camino hacia Belén, lugar donde nació Jesús, así como la frase, “Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres”.

Al exterior del nuevo claustro y noviciado se encontraba un conjunto de 16 accesorias comerciales, que incluían una tienda, trastienda y dos habitaciones, conocido por su distribución como taza y plato; el dinero que generaba la renta de estos locales era utilizado para solventar los gastos que se iban generando en el hospital y en la misión educativa.

En 1687, el papa Inocencio le otorgó a la hermandad el grado de orden religiosa, ampliando su cobertura no sólo en la Ciudad de México, sino también a otros estados como Oaxaca, Veracruz, Puebla, Jalisco y Guanajuato. Incluso rebasó las fronteras mexicanas extendiéndose a Perú, Cuba, Bolivia y Argentina.

Finalmente, la orden de los Betlemitas fue suprimida en 1820, con lo que terminó la historia de una de las congregaciones que sentó precedentes en la asistencia social que existe actualmente, así como en el ámbito de la salud, al aportar los antecedentes para el cuidado y recuperación de los convalecientes.

Luego de la disolución de la orden religiosa, el edificio pasó a manos del Ayuntamiento, que por un periodo considerable le dio varios usos, como cuartel militar, salón de baile, baños públicos y comercios, esto debido a la gran extensión que abarcaba hasta la calle 5 de Mayo.

Posteriormente, en el año de 1842 en la calle que en ese tiempo se denominaba Vergara, hoy Bolívar, también parte del convento de los Betlemitas, se comenzó la construcción del Gran Teatro Santa Anna, posteriormente Teatro Nacional, obra que corrió a cargo del arquitecto Lorenzo de la Hidalga.

Este recinto fue testigo de amenas tertulias que reunieron a verdaderos amantes del espectáculo teatral, en las cuales intercambiaban opiniones y presentaban futuros proyectos hasta las primeras horas de la mañana del siguiente día.

Sin embargo, con la modernidad que en esa época se le imprimió a la capital, así como el crecimiento de la población, fue necesario adaptarse a estos cambios por lo que entre 1900 y 1901 el gran Teatro Nacional fue demolido para dar paso al ahora imponente Palacio de Bellas Artes.

A finales del siglo XIX y principios del XX, los estudios fotográficos, testigos visuales de los cambios que se iban generando en el país, causaron a su llegada gran expectación entre los pobladores de la Ciudad de México, quienes rápidamente adoptaron estos sitios como parte de su vida.

De acuerdo con archivos históricos, se dice que la antigua calle de Vargara albergó un local de fotografía, el cual era propiedad de los hermanos Vallete y del reconocido fotógrafo J. M. Mayo.

Otros de los locales icónicos de este edificio fueron los almacenes El Águila, cuya localización exacta fue el número 7 de la calle Bolívar. Esta tienda de los años veinte se caracterizó por la venta de ropa y productos para caballeros, los cuales eran exhibidos en elegantes aparadores, ya que los clientes que frecuentaban este comercio eran en su mayoría hombres de clase alta.

Gracias a las notas, facturas y al archivo contable de las tiendas, encontrados en los trabajos de rescate del edificio, se sabe que el inmueble fue propiedad de los hermanos Fernández, migrantes españoles que llegaron a México para buscar mejores condiciones de vida; años más tarde el comercio cambió de dueño y de nombre a *Camisería XXX*. Por algunos años más la tienda siguió en pie atendiendo a los clientes más exclusivos de la zona, hasta que el edificio posteriormente fue vendido.

Asimismo, el lugar fungió durante un periodo como vecindad, hecho que provocó que su estructura se fuera deteriorando a falta de mantenimiento hasta quedar en condiciones deplorables. No es sino hasta 1990 que el Banco de México lo rescata y comienza un arduo trabajo de restauración para devolverle la majestuosidad que lo caracterizó en sus tiempos de esplendor.

En nuestros días este edificio alberga al MIDE, que surgió como una idea del Banco de México para divulgar a la población una forma fácil y entretenida sobre lo concerniente a las finanzas y aspectos económicos de México y el mundo.

Hospital de San Andrés

Dicen que la historia de una nación no puede ser entendida si no va acompañada de guerra. Por ello, antes que nada, hay que echar un vistazo al lugar que más que resguardar 77 armas blancas desde la Conquista hasta la fecha, uniformes de la Independencia y banderas, hace varios años albergó uno de los primeros recintos hospitalarios de nuestra nación.

Hoy es el Museo del Ejército y Fuerza Aérea Mexicana, ubicado en la calle de Tacuba y Filomeno Mata, pero por allá de 1779, en pleno periodo ilustrado, fue el Hospital de San Andrés. Caracterizado por su larga permanencia, de poco más de cien años, esta institución dejó de funcionar a principios del siglo XX, cuando se instituyó el Hospital General, moderna institución proyectada y construida durante el Porfiriato, la cual se inauguró en 1905.

El edificio fue construido en el siglo XVII. Inicialmente era una casa e iglesia destinadas al colegio y seminario de una de las órdenes más importantes, los Jesuitas. Posteriormente funcionó como casa de probación y residencia de los padres de esta orden, ya que al erigirse el convento de Tepozotlán, los seminaristas se trasladaron a este lugar abandonando el recinto.

En la segunda mitad del siglo XVIII el hospital abrió sus puertas a los enfermos atacados por la epidemia de viruela de 1779. Sin embargo, más tarde un factor que incidió en el deterioro del hospital fue el económico: la falta de recursos, quejas, denuncias, demandas se sumaron a la lista.

Una de las historias o quizás leyendas que más rodea a este recinto es de las más platicadas por don Silvano, un empleado del Club de Periodistas, “la visita a escondidas de Juárez al hospital, la saben –añadió–. Se sabe que el embalsamamiento del cadáver de Maximiliano en Querétaro, a pesar de haber sido hecho por cuatro médicos, resultó mal, por lo que fue necesario uno nuevo, el cual se practicó en la iglesia del Hospital de San Andrés”.

Su rostro mostraba entusiasmo por contar que el cuerpo de Maximiliano fue colocado en una gran mesa. Se cerraron la puerta principal del templo y la del costado, y no se dejó más puerta de comunicación que la de la sacristía. “Se dice que se desnudó el cadáver, se ató y se colgó hasta que escurrió todo el bálsamo que se había inyectado. Se comenta que Juárez llegó a las 12 de la noche junto con su ministro, Lerdo de Tejada. Al entrar se descubrieron la cabeza y no dijeron nada”.

El diario *El Universal*, en su número del 25 de noviembre de 1893, publicó una poesía de Juan de Dios Peza llamada: *La Calle de Xicoténcatl*, en la que el poeta hablando de la antigua iglesia de San Andrés dijo:

“Y allí estaba aquel cadáver. Limpia la faz, roto el pecho, Como una lección terrible, como un inmortal ejemplo. El sabio a quien encargóse el nuevo embalsamamiento, era del ilustre Juárez. Al par que amigo su médico. No bien con expertas manos ligó los inertes miembros...”²

Probablemente este hospital, pese a vivir con las leyendas, podría también haber resistido a los golpes del tiempo al haber sido fundado por iniciativa del arzobispo Alonso Núñez de Haro y Peralta, quien apoyó la institución hasta su muerte en el año de 1800. Pero en 1890, el periodista Filomeno Mata compró a la federación el atrio del templo para construir en ese sitio una casa de tres niveles, en la cual estableció su periódico antirreeleccionista, el *Diario del Hogar*.

En 1913, después del fallecimiento de éste, dicho inmueble fue vendido al Gobierno Federal por los sucesores; fue demolido casi medio siglo después, a principios de los años sesenta.

Para 1964 el entonces primer mandatario, Adolfo López Mateos, entregó la antigua iglesia de Betlemitas a la Asociación del Heroico Colegio Militar, para que lo convirtieran en lo que actualmente es el Museo del Ejército, el cual fue inaugurado el 15 de septiembre de 1991.

La Secretaría de la Defensa fundó este espacio como un tributo a miembros del ejército, comentó J. Hernández, con ceño fruncido, serio, tal cual su posición como militar, y de quien tuvimos que copiar el nombre de su uniforme, pues se negó a proporcionárnoslo.

² Peza, Juan de Dios, Fragmento del poema *La Calle de Xicoténcatl*.

“Sin grabaciones, por favor, –dijo–”. Del lugar logró rescatarse parte de su estructura original y se pudieron reconstruir algunos detalles. La planta original fue dividida en el siglo XIX: su capilla (donde se instaló el Colegio Militar) y luego se creó el Museo.

Actualmente el museo cuenta con 12 módulos que exhiben una colección de armas, uniformes y otros documentos sobre la historia de la guerra de nuestro país. En una sala de cien metros de largo se reúne toda la historia militar de México. Ahí se encuentran las espadas que atravesaron a los guerreros mexicas y también los mosquetes españoles, que después fueron utilizados por los criollos.

Un refugio para los conspiradores

Caminando por la calle de Tacuba a la vista aparece, con el número 53, un pequeño local con dos aparadores de cada lado en el que se exhiben zapatos tanto para dama como para caballero, de manera cortés, una mujer de unos 40 años de edad se acerca para atender a las personas que entran al negocio. Al fondo, detrás de un pequeño mostrador con una radio a alto volumen y sintonizando la estación “El Fonógrafo” se encuentra Elena Balderas Calderón, una mujer en cuyo rostro las huellas del tiempo son visibles, pero también son el signo de la experiencia que la vida le ha otorgado.

Elena cuenta que lleva trabajando 50 años en la zapatería, pero que a su llegada éste ya era un lugar bien constituido, por lo que el comercio tiene una antigüedad

aproximada de cien años. Sus dueños, un hombre de origen judío y otro mexicano, ponían poco empeño en el lugar, por lo que Elena desinteresadamente comenzó a impulsar a los dueños a mejorar las condiciones tanto de la zapatería como del edificio.

Elena comenta que dentro de la zapatería sus labores consistían en elegir los modelos que se venderían, los cuales provenían de la ciudad de León, Guanajuato; atender a los clientes, muchas veces procedentes del interior de la capital, y acomodar los zapatos tanto en los aparadores como en la bodega.

Años más tarde, cuando los dueños decidieron traspasar la zapatería, sus nuevos propietarios, de origen michoacano, supieron reconocer el valor de Elena como empleada, así que le pidieron que se quedara a trabajar con ellos; ella relata que en su momento tuvo que meditar esta petición, ya que recuerda con cierto aire nostálgico que los antiguos dueños no supieron valorar todo lo que ella había hecho por ellos, ya que cuando le informaron sobre su decisión de traspasar la tienda sólo le dieron una liquidación de mil pesos de aquellos tiempos a cambio de 33 años de trabajo.

Cuando por fin accedió a quedarse en la zapatería al poco tiempo la dueña le comentó que traspasaría el local debido a que contraería matrimonio y se mudaría a Estados Unidos, pero que a su parecer consideraba que la mejor persona para asumir la propiedad del local era la propia Elena. Así tras otorgarle diversas facilidades para pagar el local, finalmente Elena se convirtió en la dueña de la zapatería Tacuba.

La ahora propietaria comenta que las cosas no han sido fáciles y que el paso del tiempo ha cobrado una factura muy cara, ya que problemas como la delincuencia, el ambulante y la llegada de zapatos provenientes en su mayoría del mercado chino, han mermado las ventas de su local, fenómenos que en décadas pasadas prácticamente no existían.

Ante la pregunta ¿cómo ha cambiado la calle a través del tiempo? Ella dice que mucho, y comenta que el edificio situado al frente de su zapatería, el cual ahora es una tienda de ropa para hombre y mujer, albergó desde una tienda de línea blanca, pasando por una joyería y restaurante, hasta una casa de subastas; otros negocios habituales en la calle de Tacuba fueron camiserías y zapaterías; además, dice que antes las personas paseaban muy tranquilas a lo largo de la calle, en especial las parejas que gustaban de ir a hacer sus compras o simplemente mirar los aparadores.

De forma sorpresiva Elena nos invita a contemplar el interior del edificio, en el que a pesar de conservar objetos de su tiempo de esplendor, como un bellissimo elevador y una escalera, también es inevitable ver el deterioro que le propiciaron personas afiliadas a un partido político, quienes ocuparon el edificio de forma arbitraria sin proveerle el mantenimiento adecuado, comentó Elena, quien además refirió que este lugar sirvió de refugio para los conspiradores que protagonizaron la Independencia de México.

La Vasconia

Cómo no sucumbir ante los aromas y sabores de la diversidad de panes. Cómo rehusarse a tomar una taza de café o chocolate con un delicioso bizcocho. En la actualidad, la Vasconia además de preservar la esencia del negocio inicial también es una lonchería y rosticería que no se ha deteriorado con el paso de los más de 144 años que tiene de existencia.

Se dice que la historia de las panificadoras en la Ciudad de México está estrechamente ligada con el Valle del Batzán en España, pueblo con tradición, cuya principal actividad además de la agricultura y la ganadería fue el arte de hacer pan. Fue a mediados del siglo XX cuando un grupo de hombres provenientes de aquella zona arribaron a la capital para convertirse en los principales iniciadores de las panificadoras como ahora las conocemos en la Ciudad de México.

Los antecedentes señalan que antes de que el grupo de baztaneses llegara a la ciudad, allá por los años de 1869, las 30 principales panificadoras que existían estaban en manos de 18 hombres, de los cuales siete eran españoles y a pesar de contraer matrimonio y formar una familia en México al ver que su vida se tornaba próspera y que habían conseguido formar un patrimonio, el arribo de familiares provenientes del país vasco no se hizo esperar, por lo que una vez que aprendían el oficio decidieron establecerse permanentemente aquí para abrir sus propios negocios de pan, hecho que significó que para el año 1890 las panificadoras hubieran triplicado su número.

En la calle de Tacuba número 43, esquina con Palma, se levanta la panadería más antigua de la Ciudad de México, La Vasconia. Una *boutique*, como era considerada anteriormente, con tan solo un mostrador, exhibía pan blanco francés y no más de 50 tipos de pan. Este establecimiento ha sido testigo de innumerables acontecimientos y cambios en la ciudad, desde mudar a un país independiente, hasta vivir la Revolución Mexicana.

El día exacto en que fue inaugurada no es preciso, sólo existe un registro comercial que data de 1870; sin embargo, fue en 1900 cuando el vasco, Andrés Barberena llegó a México para tomar las riendas del negocio, lo que posteriormente le significó convertirse en uno de empresarios más importantes dentro de la industria panificadora en México.

Más tarde, uno de sus últimos propietarios, don Benito Estevan, de acuerdo con varios relatos, llegaba durante la madrugada para comenzar su jornada laboral, la cual realizaba con gran pasión y empeño: se encargaba de recibir los costales de harina que más tarde se convertirían en deliciosos panes para deleitar hasta el paladar más exigente; entre los panes se podían encontrar las llamadas piojosas que eran una variedad de concha, pero su cubierta en lugar de ser de chocolate era de ajonjolí; otros bizcochos igualmente tradicionales de la Vasconia eran los chamucos, los huesos de manteca, los calzones, los hilos, las marías, las magdalenas y los besos.

Hoy, las riendas de la Vasconia están en manos de José Antonio Zugarramurdi quien atareado por el trabajo nos concede unos breves minutos para contarnos

que a pesar de no haber estado en los inicios del local éste lucía muy diferente a como se ve en la actualidad; el trato entre las personas era más cálido, el tráfico de autos estaba restringido, y la zona era en su mayoría un área habitacional que perdió mucho de su esencia con el terremoto de 1985.

José Antonio comenta que la Vasconia cuenta con una extensión de 700 metros cuadrados y además de la panadería y pastelería, incluye una lonchería, restaurante y rosticería.

Zugarramurdi asegura que tiene muy buenos recuerdos de la panadería cuando el pan era horneado, y el aroma que desprendía era una de sus cosas favoritas; también recuerda con nostalgia el tiempo en el que vivió en el Centro Histórico, su niñez, sus amigos, la tranquilidad de las calles, el transitar a altas horas de la noche de forma segura y la unión que existía entre vecinos.

Perfumando a Tacuba

No hay nada mejor que el aroma de una deliciosa fragancia, pues aun hasta el peor de los peinados o el más desincronizado vestuario podrían mejorar con tan solo un aromático perfume.

Bien dicen que Tacuba es un aroma de recuerdos: de la Conquista, de la Colonia, de la Independencia, de la Revolución, del cambio, y Novelty no es la excepción. En el número 71 de esta olorosa calle, se halla una de las perfumerías más antiguas y de mayor tradición en la Ciudad de México, La Mascota.

Hoy en día adopta el nombre de Novelty. Y más que dejar de oler a pasado, busca continuar, busca permanecer, asegura don José, el único hombre que labora todavía en el lugar, pero el que más experiencia tiene, lleva 58 años trabajando en la perfumería.

El hombre con más experiencia del local quiere que la empleada más joven nos proporcione a grandes rasgos lo que ocurre en el lugar. Pero como toda persona que ha trabajado por tanto tiempo en un sitio, no permite que los detalles más importantes se escapen.

Los hermanos Cabrales: Robledo, Ramón y Obdulio fueron los primeros comerciantes de perfumería en la capital. El primero tenía 12 años cuando llegó a México procedente de España, sin más patrimonio que su capacidad de trabajo.

Eran los primeros años del siglo XX y Ramón se empleó en una botica del centro. Más tarde, cuando su patrón decidió retirarse, rentó un espacio donde ubicaría la camisería La Marina.

“Era tanta la gente que acudía a la camisería, que una vez llegó la policía para ver qué pasaba, y lo único que ocurría era que la gente hacía cola para comprar guantes ¡Sí, guantes!, pues era mucha la demanda de estos artículos que el público no dejaba de llegar al lugar”, refirió don José como una anécdota que le fue contada.

Al poco tiempo, Obdulio llegó de España con perfumes europeos de prestigiosas marcas, así como permisos y fórmulas para producir fragancias. En esa época no había importaciones, por lo que traerlos era demasiado fácil, pues no se pagaban impuestos. De hecho, en el segundo piso de La Mascota se instaló un pequeño laboratorio para elaborar los perfumes.

Entre 1907 y 1910, los hermanos establecieron formalmente la perfumería La Mascota en la calle de Donceles. Poco después la mudaron al número 85 de Tacuba, para estar a un lado de La Marina.

Todas las fragancias que estaban de moda en Europa eran traídas a La Mascota, como Pompella, Flores de Amor, Coty, Anthea en polvo y líquido y Narciso Negro.

Se cuenta que en una ocasión una señorita entró a pedir varios perfumes y de pronto se le acercó un joven, quien le preguntó “¡disculpe, señorita! ¿a usted qué perfume le gustaría que le regalaran?”. Y ella contestó, “Narciso Negro”. Entonces el joven lo compró y salió de la perfumería. Al salir la señorita se llevó una gran sorpresa, el joven le regaló el perfume y por años se dice que fueron felices.

La perfumería fue representante de grandes compañías francesas, esto hasta que éstas pusieron sus propios laboratorios en la capital. Don José recuerda que cuando comenzó a laborar, él tenía que ir precisamente a las fábricas por los pedidos y en ocasiones tenía que llevarlos a la casa de los clientes. Como cuando le tocó llevar uno al hogar de Angélica María, “una señora muy amable, en verdad, y muy guapa en su tiempo”.

Por aquí generaciones se vieron pasar, cantidad de gente. Desde las muchachas que eran llevadas desde pequeñas por sus padres, y ahora son madres de familia. También grandes personalidades como Leonorilda Ochoa, Lola Beltrán, María Victoria, Alberto Vázquez y las Cúcaras “una pareja de comediantes, ¿llegaron a escuchar de ellas?”.

El éxito de los hermanos los alentó a abrir otras dos perfumerías. En 1938 fue Novelty, en el número 71 de Tacuba, y en 1948 Las Ninfas, en el número 61.

Hoy en día únicamente queda el número 71; los dueños siguen siendo los Cabrales —los nietos de don Manuel y Obdulio—. Han creado su propia marca de perfumes, que también venden en el local, además de las marcas comerciales más conocidas.

Han sido más de 100 años de toda una familia dedicada al ramo de la perfumería.

El café llega a México

Llamado por el francés Charles Baudelaire “el néctar negro de los sueños blancos”, actualmente es muy extraño concebir la idea de que un buen desayuno, una buena cena, una charla y una buena leída, no puedan ser acompañados por una deliciosa taza de café, sin importar si es negro, con leche, azucarado o solo. Sin embargo, esta bebida tan singular, al principio, no era considerada tan importante, es más, ni siquiera era vista como un alimento.

Se dice que en 1790 se dio la llegada del café a México; no obstante, se ignora cuándo fueron plantadas las primeras matas de éste, aunque algunos refieren que fue en Acayucan, Veracruz, y en Ahualulco, Jalisco. Para 1802, el café comenzó a ser un artículo de exportación. Y en 1825 empezó a cultivarse de manera más extensa en Veracruz, Tabasco, Oaxaca y Chiapas.

Para ser considerado un alimento, esta bebida debía mezclarse con leche; acto que no ocurrió hasta finales del siglo XVIII.

Esto dio paso al inicio formal de la historia del primer café o cafetería que se abrió en una de las calles más emblemáticas de la zona centro de la hoy Ciudad de México; aquella calzada que formaba parte de las cuatro calles principales que se unían para llegar a la gran Tenochtitlán y que, además, es la más antigua de México y América.

Así, en la esquina de la calle de Tacuba y el Empedrado (hoy Monte de Piedad) se ubicó el primer expendio de café, el famoso Café Manríquez. Don Artemio del Valle Arizpe, afamado escritor y diplomático mexicano, señaló que este establecimiento se formó durante el virreinato de don Bernardo de Gálvez, allá por el año de 1786.

El lugar era novedoso debido a que era raro entrar, sentarse y tomar una taza de esta bebida. En las puertas del lugar se encontraban los camareros, aquellos seres que pregonaban un constante grito que invitaba: "Entren a tomar café con

molletes, ‘pan con mantequilla’ al estilo de Francia”. Aquí, la novedad era precisamente colocarle leche al café, lo cual era un suceso para la época.

En realidad, poco se sabe del Café Manríquez; sin embargo, era lógico que otros sitios cafeteros comenzaran a aparecer, entre ellos, el tradicional Café de Tacuba.

El célebre cronista de la Ciudad de México Héctor de Mauleón señala que el Café de Tacuba significa muchas cosas. Porque esta bebida cambió la vida. En México, la gente no tomaba café, tomaba chocolate, y no les gustaba porque era amargo y caliente. Pero entonces se formaron estos espacios, donde sin emborracharse, se podía platicar.

Pronto llegaron a este recinto personajes emblemáticos entre militares, escritores, periodistas, quienes comenzaron a llevar a cabo una nueva forma de comunicación, “la tertulia”, discusiones que se centraban en la crítica al gobierno de aquellos ayeres; y por qué no, hasta la conspiración. Todo ello, acompañado de una bebida caliente que poco a poco comenzó a desplazar al chocolate.

El Café de Tacuba, ubicado en el número 28 de la misma calle, en una casona del siglo XVII, fue abierto oficialmente en 1912 por don Dionisio Mollineado Hernández, o “Papá Nicho”.

Agustín Lara, un recurrente cliente del lugar, se vio inspirado por la belleza de la esposa del fundador de este café, Josefina García, a quien le compuso dos canciones *Morena* y *Señora Tentación*, breve anécdota que abriría nuestro

recorrido por este bello local en compañía de Patricia Gordillo, gerente del lugar, quien no oculta su satisfacción por laborar en este sitio.

El Café de Tacuba cuenta con tres salones: Salón Chocolate, a través de sus cuadros te transporta por la historia de este alimento, Salón Mexicano y Salón Principal, estos dos últimos frecuentados por grandes personalidades, como Álvaro Obregón, Plutarco Elías Calles, José López Portillo, entre otros. Algo característico del lugar es que su tradición sigue intacta, los alimentos se siguen haciendo en molcajete y en petate. Digamos que en Tacuba se sigue respirando lo viejo.

Es claro que en sus manteles han quedado recuerdos de grandes eventos, como la filmación de la película “Los hijos de Sánchez”, en la que Anthony Queen caracterizó al Sr. Santos Hernández, empleado del café por más de 50 años.

Pero también hay una leyenda que rodea al sitio, el famoso fantasma de una monja. Los trabajadores dicen que es una sombra con un hábito blanco, y que se deja ver en los oscuros rincones de escaleras y salones, enchinando la piel de quien se topa con ella.

Los vecinos de Tacuba

Aun siendo una calle fascinante y la más antigua de la Ciudad de México junto con Tlalpan, en tiempos de la Conquista y hasta nuestros días nunca se le ha otorgado la distinción que le vale; al contrario, siempre fue y ha sido una calle desmerecida.

¿Cómo era su aspecto en el siglo XVI? No lo podemos imaginar: unas fortalezas, portones muy sólidos con gente armada vigilando; dicen que las casas eran grises y sombrías, muy austeras, entonces esta calle debió haber sido de una sobriedad inimaginable.

Era un sitio donde vivían herreros, pero también estaban los plateros en Madero. Sin embargo, fue Madero la calle favorita de los ricos, de la aristocracia, de las tiendas, de los hoteles, de los restaurantes, de las muchachas, de los cafés; toda la nobleza estuvo ahí: los marqueses, los nobles. Y en Tacuba, a pesar de su nobleza, de su abolengo, ahí vivieron escritores, poetas, músicos, arquitectos, cantantes, nobles.

Aquí vivió González Bocanegra, el mismo que escribió el Himno Nacional de México; ahí vivieron Manuel Payno, José Joaquín Fernández de Lizardi y un tiempo Manuel Gutiérrez Nájera, quien incluso le dedicó su mejor poema a la calle de Madero, *La Duquesa Job*. Y es que, si bien tiene palacios formidables como el MUNAL, el de Correos y Minería, es una calle cuya historia es relativamente poco conocida.

Habitantes distinguidos

A continuación, citaremos a los principales vecinos que habitaron en la calle más antigua de América, que se han distinguido en las letras, política, artes. Enfatizaremos, someramente, algunos de sus méritos más destacados.

El estilista valenciano: Manuel Tolsá

Habitó en el número 21 de la calle de Tacuba, donde hoy se encuentra el Teatro Hidalgo. Considerado uno de los arquitectos más reconocidos en la historia antigua de México. A su llegada al país, en 1790, ya contaba con un gran prestigio, gracias a su trabajo como escultor en la cámara del rey.

Una de sus primeras obras en México fue el edificio que hoy en día alberga el Museo de San Carlos. Fue en 1805 cuando la marquesa de Selva Nevada, doña Josefa Rodríguez de Pinillo y Gómez, encargó a Tolsá construir una casa para su hijo el conde de Buenavista; lamentablemente el joven nunca pudo recibir el obsequio de su madre porque murió.

Tolsá también fue el creador de la estatua conocida como *El Caballito* y que actualmente se encuentra en la plaza que lleva su nombre. La escultura fue un encargo del marqués de Fransiforte, quien buscaba congraciarse con el rey Carlos IV y celebrar la estancia del monarca en la Nueva España.

Manuel también se encargó del retablo mayor del templo de Santo Domingo, la remodelación de la capilla anexa de la iglesia de la antigua Santa Teresa, la fuente de la *Libertad*, que hoy se encuentra en la Plaza Loreto. Tolsá también fue designado para culminar la última etapa de la construcción de la Catedral Metropolitana y la capilla de Loreto; no obstante, el prominente arquitecto nunca pudo llevar a cabo dichos proyectos.

Sin embargo, la obra que es considerada como la mayor proeza de Manuel Tolsá en México fue el Palacio de Minería, aunque ésta también significó un dolor de cabeza para el arquitecto español. El edificio se construyó para ser utilizado como escuela para los expertos en minería, esto ante el auge que en ese momento vivía el país en la producción de plata.

El proyecto del edificio iba viento en popa; sin embargo, debido a que Tolsá desconocía las condiciones poco favorables del suelo, pronto comenzaron a surgir problemas en la construcción como: resquebrajamientos, grietas, hundimientos, y quizá el peor de todos, que la bóveda del edificio se desplomara. Aunque estos problemas fueron resueltos posteriormente por un colega francés de Tolsá, este incidente marcó un precedente negativo en la reputación del arquitecto español, ya que la desconfianza imperó entre los futuros clientes de Tolsá.

Murió el 24 de diciembre de 1816 en la misma casa que habitó desde su llegada a México. Sus restos se encuentran depositados en la iglesia de la Santa Veracruz, donde existe una placa en la que se puede leer: “En esta iglesia está sepultado el arquitecto y escultor don Manuel Tolsá que murió el 24 de diciembre de 1816”.

Un Periquillo en la cárcel: Joaquín Fernández de Lizardi

Fundó en 1812 el periódico *El Pensador Mexicano* y bajo ese nombre su seudónimo fue inmortalizado. Este emblemático hombre fue pionero en la lucha por limitar el poder de la iglesia católica y, a costa de su propia excomunión, defendió la libertad de cultos.

Él es Joaquín Fernández de Lizardi, considerado uno de los escritores más importantes del país y un personaje que también vivió en la calle de Tacuba. No se sabe exactamente el número que habitó, pero el cronista Artemio de Valle Arizpe relata que el cuarto que ocupaba el escritor le fue rentado por recomendación y súplica del licenciado y juez de letras Teobaldo Lebrija.

Se cuenta que no salía de su habitación; en ella estaba todo el día escribiendo o metido en la lectura de sus libros, hasta el punto en que sus letras se cristalizaron en audaces artículos en donde expresaba la urgencia de profundos cambios en la estructura social mexicana.

Publicó alrededor de 10 informativos, entre los que destacan: *Alacena de frioleras*, *Cajoncitos de alacena*, *El conductor eléctrico*, *El amigo de la paz y de la patria*, y *Correo semanario de México*. Pero su novela más picaresca, en la cual hace uso de elementos costumbristas para realizar una crítica a la sociedad y a los malos hábitos, es *El Periquillo Sarniento*.

Seguramente en las tertulias que se daban en los cafés más afamados del Centro Histórico, en donde asistir a tomar chocolate o aguas nevadas propiciaba el chismorreo de lo que ocurría en la ciudad, Lizardi también esparcía y difundía su opinión contra el gobierno de la Nueva España.

Tanto tiempo se dedicó a escribir que incluso pasó una larga temporada sin que éste diera un solo centavo de renta, así que su propio amigo –quien lo recomendó– lo lanzó de la casa por incumplido, y en medio de la calle le puso sus cosas, que no eran ciertamente muchas: un baúl forrado de cuero y unos libros. Además, lo mandó a la cárcel (antiguo Hospital de San Andrés –ahora MUNAL–) por dejar una sátira escrita en la pared en contra de las dueñas del lugar, doña Pepita González y sus tres inmirables hijas.

Contrajo una tisis pulmonar, que poco a poco le fue consumiendo. Murió el 21 de junio de 1827, a las cinco y media de la mañana. Fue sepultado en el atrio de la iglesia de San Lázaro.

En República del Salvador hay una placa en el lugar donde murió; el diario *Excelsior* la puso cuando se cumplió el centenario de su muerte. “En este lugar murió el pensador mexicano”.

El once veces seductor de la patria: Antonio López de Santa Anna

En el número 52 de la calle de Tacuba vivió el militar y político mexicano. Un personaje polémico por demás, quien es recordado y odiado en la historia de

México por ser el orquestador de uno de los actos que provocó la pérdida de más de la mitad del territorio a manos de Estados Unidos.

Santa Anna ocupó la presidencia de la República en 11 ocasiones, la última de ellas sin duda le valió el calificativo de “dictador”.

Su historia de manera trascendental dentro de la política mexicana comienza en 1821 cuando se unió a los insurgentes del Plan de Iguala. Derrocó a Iturbide en 1823 con el Plan de Casamata. A partir de entonces tomó parte en todos los acontecimientos políticos de la caótica nueva vida independiente de México.

Se une sucesivamente a liberales y realistas; es elogiado, perseguido y sufre el destierro en varias ocasiones. En 1835 interviene en la guerra con Estados Unidos al mando del ejército mexicano, pero es hecho prisionero en San Jacinto después de haber obtenido algunos triunfos militares. En 1838 encabeza de nuevo el ejército contra los franceses en la Guerra de los Pasteles.

Para 1853, con el título de Alteza Serenísima y Dictador Vitalicio, Santa Anna comenzó con un alza desmedida de impuestos al tiempo que ponía en marcha sus planes para vender a Estados Unidos el área conocida como “La Mesilla” (un millón de kilómetros cuadrados entre Sonora y Chihuahua), hecho que finalmente se concretó y que le valió impopularidad y que además marcó su decadencia. Un grupo de adversarios políticos lanzó el Plan de Ayutla en 1854, por lo que Santa Anna renunció a su cargo para refugiarse en La Habana.

Regresó en reiteradas ocasiones al país con el objetivo de recuperar el poder, incluso logró escapar de la pena de muerte en 1867 después de haber estado recluido en San Juan de Ulúa. Se establece en las Bahamas y vuelve a México al fallecer Benito Juárez. Finalmente, murió en la Ciudad de México en 1876.

La viajera: Marquesa Calderón de la Barca

Vivió en el número 54 de la Calle de Tacuba. Su verdadero nombre fue Frances Erskine Inglis; sin embargo, al contraer nupcias con el diplomático español Ángel Calderón adoptó el apellido de éste.

Erskine Inglis figuró en la historia de México debido a una serie de cartas que escribió durante su estancia en el país y en la que retrató desde su particular punto de vista la vida en la Ciudad de México en el siglo XIX, textos que posteriormente se convirtieron en un libro de referencia.

La marquesa nació en Edimburgo, Escocia, pero posteriormente se trasladó con su familia a Estados Unidos, donde conoció a su esposo. Se dice que era una mujer con una exquisita cultura y conocedora de varios idiomas.

Luego de que su marido fuera nombrado ministro plenipotenciario de España en México, la marquesa permaneció en el país por dos años, tiempo en el que escribió una serie de cartas en las que mantenía a su familia informada sobre su

residencia en el país y más concretamente sobre las costumbres, tradiciones y cultura mexicana.

Fue en 1843 cuando la marquesa realizó una selección de 54 cartas que se convirtieron en el libro que lleva como nombre *Life in Mexico during a residence of two years in that country* (La vida en México. Durante una residencia de dos años en ese país), el cual fue publicado también en Boston y Londres.

Años más tarde regresó a España, donde cuentan que pasó por una serie de situaciones: la muerte de su marido, el ser designada para ocuparse de la educación de la infanta Isabel Francisca de Borbón, ser desterrada cuando fue suprimida la monarquía y posteriormente ser condecorada por el rey Alfonso XII con el título de marquesa de Calderón. Murió el 6 de febrero de 1882.

De político a literato: Manuel Payno

Es una realidad que hoy en día nuestros políticos no destacan por su inclinación hacia las letras; sin embargo, la historia no dejará mentir, hace unas décadas era bastante común que los dirigentes, además de las actividades de sus cargos, también llevaban a cabo la literatura, incluso, creaban sus propias obras.

“Genio” era la palabra que se pronunciaba a su paso. Su nombre completo fue José Manuel Román Payno Cruzado. Habitó en el número 65 de la calle de Tacuba, y fue uno de los personajes más importantes de la literatura de nuestro

país; como político y economista ni siquiera se le recuerda, pero como novelista aún extasía a las gentes que encuentran divertidas y muy de su gusto sus trabajos.

En este caserón vivió el popular autor de *El Fistol del Diablo* y *Los Bandidos de Río Frío*. Aquí en esta antigua vivienda estuvo instalada la imprenta que fue propiedad del mismo, en la que junto con otros escritores emprende la redacción de *Apuntes para la Historia de la Guerra entre México y los Estados Unidos*.

Santa Anna va a perseguir a todos los redactores de esta obra. Porque en esos apuntes queda la primera impresión que van a tener grandes letrados sobre la pésima gestión militar de Santa Anna frente a la intervención norteamericana.

Payno era todo un autodidacta. Podríamos decir que se formó en casa con su padre, quien también fue diputado y un funcionario de la Hacienda Real y después de la Hacienda Pública, una vez que el país se independiza, con bastante reconocimiento y experiencia en lo que hacía. De su madre, aparte de heredar un sentimiento religioso, también heredó galanura y picardía.

De acuerdo con Artemio del Valle Arizpe, de Payno llamaba la atención sus excentricidades que le hacían singular. Jugaba con las señoras ancianas a la baraja, les hacía suéteres a los chicos y era la admiración y el encanto de jovencitas.

Sus características humanas y literarias lo convierten en un personaje polifacético, pues a lo largo de su vida fue un destacado militar, un viajero consumado, político traicionado, funcionario del Gobierno Federal y diplomático al igual que historiador, escritor y novelista costumbrista.

Un himno obligado a escribirse: Francisco González Bocanegra

Marcada con el número 48, una pequeña puerta da acceso a un pasillo que desemboca en el patio de lo que a primera vista parece ser una vecindad; sin embargo, en ese lugar descuidado y olvidado vivió el escritor del Himno Nacional Mexicano, Francisco González Bocanegra.

González Bocanegra llega a la Ciudad de México proveniente del estado de San Luis Potosí, con la intención de abrirse camino en el mundo de la literatura, por lo que frecuentaba renombrados centros de reunión literaria como la Academia de Letrán, lugar donde conoció a destacados poetas, literatos y periodistas, pero también en ese tiempo se enamoró de Guadalupe González del Pino y Villalpando, musa de muchos de sus poemas.

El 12 de noviembre de 1853, el entonces presidente, el general Antonio López de Santa Anna, lanzó una convocatoria para escribir la letra y la música del Himno Nacional Mexicano. A partir de 1821 se realizaron un sinnúmero de intentos para componer un tema patriótico, mismos que no prosperaron y mucho menos gustaron al pueblo.

En 1849, la junta Patriótica de la Ciudad de México solicitó a la Academia de San Juan de Letrán que hiciera la convocatoria para escribir la letra del himno cuya música sería la composición del pianista Henri Hertz.

A lo largo de varios años se presentaron múltiples himnos, pero ninguno terminaba de convencer al jurado conformado por grandes personalidades de aquellos tiempos y mucho menos a la población.

Cuentan que la prometida de González Bocanegra, al enterarse del concurso, pidió a éste hacer una composición del himno; sin embargo, él contestó con un enérgico no. Ella no conforme con su respuesta decidió encerrarlo en una de las habitaciones de la casa bajo la condición de dejarlo salir cuando finalizara la letra. Se dice que pasadas varias horas el escritor pasó por debajo de la puerta las hojas con la versión original, que constó de 84 versos decasílabos (un coro introductorio de cuatro versos y diez estrofas de ocho versos).

Fue así como entre más de una veintena de participantes, Bocanegra resultó el indiscutible ganador.

El 16 de septiembre de 1854, se estrenó el Himno Nacional Mexicano, con música de Jaime Nunó, el cual en esa ocasión fue cantado por la soprano Balbina Steffenone y el tenor Lorenzo Salvi.

Bocanegra nunca recibió un reconocimiento por parte del gobierno de Santa Anna. Inclusive hoy en día la casa que habitó es utilizada como vivienda y bodega de algunos de los locatarios del Centro Histórico y tan solo en medio de los toldos de los locales comerciales se alza una pequeña placa que dice: “En esta casa vivió y murió el poeta Francisco González Bocanegra. Y donde se escribió las estrofas del Himno Nacional. Año 1853”.

El escritor y periodista mexicano, Héctor de Mauleón, conocido por su labor en medios como los diarios *El Independiente*, *El Universal*, la revista *Nexos* y *ADN 40* dijo:

“Es impresionante porque estamos frente al lugar donde surge o se escribe el himno patrio; este lugar tendría que tener una dignidad cultural, deberíamos darle una dignidad cultural que fuera más allá de una simple placa pérdida entre los toldos. Pero dice mucho de la relación de esta Ciudad de México con su pasado y con su cultura”.

El canto de un ruiseñor: Ángela Peralta

Su casa se localizó en el número 31 de la calle de Tacuba. Fue una mujer con una voz privilegiada que le valió fama mundial y que fuera bautizada con el sobrenombre de *El Ruiseñor Mexicano* y como *Angelica di voce e di nome* en Italia, esto debido a la popularidad que a su corta edad alcanzó en los escenarios del Viejo Continente.

Nacida en la Ciudad de México, María de los Ángeles Manuela Tranquilina Cirila Efrena Peralta Castera tuvo unos padres que, a pesar de su origen humilde,

siempre se procuraron por la buena educación de su hija, sobre todo en aquello que estuviera inclinado a las artes, donde Peralta pronto mostró un gran talento, principalmente en el canto.

Pese a su asombrosa voz que deleitó a quienes asistían a sus presentaciones, gracias a la habilidad que tuvo para cantar como tiple, soprano, contralto y todos los tonos que componía la gama femenina de las voces, Ángela Peralta era dueña de un físico poco agraciado, incluso relatos y crónicas sobre ella refieren que era una mujer obesa, de estatura pequeña, boca gruesa, ojos saltones y miope, por lo que decían que a ella había que oírle cantar, pero no verla.

A su corta edad cosechó grandes éxitos debido a su imponente voz que logró conquistar a los más exigentes; sin embargo, además de ser portentosa en el canto, Peralta también se consolidó como compositora de piezas románticas, galopas, danzas, fantasías y valeses.

Ángela Peralta murió en Mazatlán en 1883, víctima de fiebre amarilla, enfermedad que contrajo durante una presentación en aquella ciudad. Sus restos permanecieron en ese puerto hasta 1937, cuando fueron trasladados a la Ciudad de México donde hasta nuestros días reposan en la Rotonda de las Personas Ilustres.

El revolucionador de las letras: Justo Sierra

Un 22 de septiembre de 1910, dos meses antes del estallido de la Revolución Mexicana y en el marco de los festejos por el centenario de la Independencia de México, este ilustre personaje así comenzaba uno de sus más famosos discursos:

“¿Tenemos una historia? No. La Universidad mexicana que nace hoy no tiene árbol genealógico; tiene raíces, sí; las tiene en una imperiosa tendencia a organizarse, que revela en todas sus manifestaciones la mentalidad nacional, y por eso, apenas brota del suelo el vástago, cuando el primer beso del sol de la patria se cubre de renuevos y yemas, nuncios de frondas, de flores, de frutos (...)”³.

Aquel fragmento que dio paso a la inauguración de la Universidad de México y que fue el preámbulo hacia una educación laica y gratuita, según cronistas de la Ciudad de México, pudo haberse gestado en la casa marcada con el número 61 en Tacuba, en el Centro Histórico de nuestra ciudad.

Quién podría imaginarse que don Justo Sierra haya caminado por aquella larga, ancha, recta y plana calle para llegar a ese edificio que hoy en día está abandonado y rodeado de puestos ambulantes. Pero que, sin duda alguna, hace algunos años fue el lugar que lo vio convertirse en una figura excepcional en las letras.

Justo Sierra se asomó a la política y salió siempre limpio y ecuánime de ese negro y repugnante ambiente. Fue diputado, magistrado, subsecretario de Educación, luego ministro titular de ese ramo, e hizo en todo el país una amplia labor de

³ Sierra, Justo, Fragmento del discurso inaugural de la Universidad de México, 22 de septiembre de 1910.

cultura que culminó primero con la Escuela de Altos Estudios y en seguida con la Universidad Nacional, que había estado cerrada desde 1865, sin que nadie se hubiese preocupado en reabrirla, hasta que en 1910 lo hizo este pensador.

A don Justo -lo describen como un hombre alto, grueso, lento, blanco de canas; por dentro era cordial y bondadoso- nos lo imaginamos caminar por las calles de Tacuba, tomando una taza de café en el primer lugar que hubo en México, el de Manríquez, sin importarle ir siquiera a las cafeterías más elegantes de por la zona: El Cazador, La Concordia, Café de Medina.

Y es que quizá en Madero estuvo presente un emperador, Agustín de Iturbide; en Tacuba, en cambio, un poeta alzó la voz. Un personaje poseedor de una cultura amplia, muy bien cimentada, que sirvió de base sólida para ser lo que fue como historiador, pues en el aula en la que daba lección, era donde había que ver a este hombre ilustre en acción.

Un poeta enamorado: Manuel Gutiérrez Najera

Caminar por el México del siglo XIX empezando desde la esquina del Jockey Club, hoy Sanborns de los Azulejos, pasando por toda la calle de Plateros, hoy calle de Madero, hasta los antiguos almacenes de ropa La Sorpresa, qué más tarde se convertiría en La Ciudad de Londres y que hoy ha desaparecido, es la vía por la que nos transporta a través de sus versos este singular personaje Manuel Gutiérrez Nájera.

Mister Can-Can, *el Duque Job* o *Puc* son algunos de los seudónimos creados para un solo hombre que arribó al mundo de las letras a través del periodismo; escribió cuentos, lírica, crónicas teatrales, críticas sociales y literarias. Simplemente fue el precursor del Modernismo en México, renovador de la palabra y poeta enamorado.

Refrescó con estas influencias exóticas el verso y la prosa y les puso nuevas y elegantes modalidades. Su estilo expresivo, sensible y elegante adornó la frivolidad de la época con toques románticos y delicados. Ansioso por expresar los pensamientos franceses con letras españolas, fundó la *Revista Azul*, difusora del Modernismo.

Cuenta el escritor Rafael Pérez Gay que el *Duque* entregaba una crónica diaria a distintos periódicos, tomaba café en La Concordia y coñac en La Alemana. “Su prosa era una cámara en movimientos, así pintó a la alta sociedad porfiriana en el acto de admirarse a sí misma”.

Fueron años de felicidad najeriana, una época dorada para *Mister Can-Can*, quien no pudo escapar de los brazos de Cupido. Se cuenta que únicamente sus amigos más íntimos sabían quién era la mujer que le arrebató los sentidos.

Puc estaba muy enamorado de una muchacha llamada Marie, trabajaba en el almacén de madame Ancieux, localizado en la calle de Plateros. El poeta tenía aproximadamente 25 años cuando la conoció y lo inspiró a escribir uno de sus más famosos poemas –y el primero considerado propiamente modernista–, según refiere José Emilio Pacheco.

(1884, Fragmento *La Duquesa Job*)

A Manuel Puga y Acal
En dulce charla de sobremesa,
mientras devoro fresa tras fresa
y abajo ronca tu perro Bob,
te haré el retrato de la duquesa
que adora a veces el duque Job.
No es la condesa que Villasana
caricatura, ni la poblana
de enagua roja que Prieto amó;

no es la criadita de pies nudosos,
ni la que sueña con los gomosos
y con los gallos de Micoló.
Mi duquesita, la que me adora,
no tiene humos de gran señora;
es la griseta de Paul de Kock.
No baila "Boston", y desconoce
de las carreras el alto goce,
y los placeres del "five o'clock"...

Es curioso que Nájera haya habitado la calle de Tacuba, sí, esa misma que ha dejado de ser por mucho la calle favorita de los capitalinos: bullicio, ambulantes, tráfico, caos. Básicamente una de las calzadas más tristes y abandonadas, pero escribió su mejor poema a la de Madero.

La casa de Sepulcros de Santo Domingo, el número 46, se transformó en la casa de su muerte. En esos días, la influenza lo debilitó con fiebres altísimas. Al poco tiempo descubrió un tumor debajo del brazo, en la axila. Los médicos discutían la forma de intervenir sin ocasionar una hemorragia fatal. El *Duque* era hemofílico. Nájera falleció el 3 de febrero de 1895 en la Ciudad de México.

Inquilinos en Tacuba

Diversas transformaciones ha sufrido la calle al paso del tiempo; hoy en día está invadida por el comercio ambulante: discos, cinturones, bolsas, perfumes “piratas”. En el siguiente punto nombraremos a estos nuevos personajes que se encuentran en diversos tramos de la vía y le dan vida.

Zapatos Jetzibe

El sol comienza a ocultarse detrás de las altas bardas de las casonas vecinadas a lo largo de Tacuba, al bajar la mirada sobre los negocios ubicados a lo largo de la calle, en el interior de un pequeño local se encuentra un hombre de poco más de 60 años, quien apostado casi en posición de firmes nos recibe de manera muy amable y dispuesto a contar un poco de su historia como empleado de la zapatería Jetzibe donde trabaja desde hace 18 años.

Juan Carpio Hidalgo, el protagonista de esta historia asegura que la zapatería tiene más de 100 años de antigüedad y que es uno de los comercios más añejos de la calle, aunque la administración actual lleva 35 años, mientras que el edificio que alberga el local data desde 1857; sin embargo, dice desconocer cuáles fueron los usos que se le dieron al inmueble.

Cuando le preguntamos cómo llegó a trabajar a la zapatería, don Juan nos dice que fue gracias al trabajo que desempeñó como vendedor y a la amistad de años que sostiene con el actual dueño del lugar. Él relata que en un inicio era agente de ventas de calzado, por lo que varias ocasiones visitó el lugar para mostrarle al dueño su mercancía, posteriormente siguió desempeñando la misma actividad, pero en otras áreas, hasta que el actual propietario lo llamó para trabajar con él gracias a su buen desempeño.

Don Juan se muestra muy entusiasmado con el trabajo que realiza y sobre todo agradecido por la oportunidad que le brindaron pese a ser un adulto mayor, además añade que mientras trabajaba en la zapatería logró una de las satisfacciones más grandes de su vida, jubilarse del Seguro Social; no obstante, reconoce que no todo ha sido miel sobre hojuelas, ya que a lo largo de su estancia en la zapatería también ha tenido que tratar con clientes difíciles, aunque reconoce que eso también es parte de su trabajo.

Respecto a los zapatos que ahí se venden, el señor Juan nos dice que la mayoría son modelos tradicionales, cómodos y dirigidos a hombres y mujeres. Nos dice que en su mayoría el calzado es traído del estado de Guanajuato, específicamente de León, conocido como la capital mundial del calzado, aunque también uno los modelos de zapatillas se fabrica en Guadalajara, mientras que los huaraches exhibidos en una pequeña vitrina en la parte central del local, se fabrican de manera artesanal en Sahuayo, Michoacán.

Cuando lo cuestionamos sobre ¿cuánto ha cambiado la calle de Tacuba a lo largo de los años? don Juan nos comenta que mucho, ya que antes era un lugar tranquilo en el que se podía ver a las familias transitar sin temor, ya fuera para pasear o realizar compras, actividades que se han visto afectadas por problemas como la delincuencia y las manifestaciones que, aunado con la llegada de nuevos competidores, también han repercutido en las ventas.

Don Juan concluye su plática con una serie de recomendaciones a las nuevas generaciones, como no conformarse y seguirse preparando incluso más allá de lo que se enseña en las aulas, y poner todo al ánimo a las actividades diarias.

La Chulita

Como a eso de las 19:00 horas, cuando el sol emite sus últimos rayos de luz, en la esquina de Filomeno Mata y Tacuba se encuentra un modesto puesto de periódicos atendido por don Mauro, quien comienza ya a guardar –como cada día– los libros, revistas y demás cosas que vende en su local tras concluir un día más de trabajo. Sobre todo, guarda con gran esmero aquellos icónicos calendarios que han permanecido vigente generación tras generación y que han hecho famoso al local conocido como “La Chulita”.

En un principio don Mauro se muestra renuente a contestar preguntas, incluso el gesto de su rostro es un poco serio; sin embargo, con el transcurso de la conversación el ambiente se vuelve más relajado y él amablemente accede a

platicarnos un poco de la historia que envuelve al puesto de periódicos que su abuela doña Soledad González inauguró a finales de 1919.

Cuenta que su abuela inició con una pequeña mesa en la que vendió un periódico agropecuario que era publicado por una familia de aquellos tiempos y que, además, eran dueños de una veterinaria. La mayoría de los clientes de doña Soledad eran ganaderos que asistían a resolver algún asunto o realizar un trámite al lugar que ahora conocemos como Palacio de Minería que, en aquel entonces, fungió como Secretaría de Agricultura y Fomento.

Su abuela vendía por las noches *El Diario de Yucatán* y el *Dictamen de Veracruz*. A continuación, la mamá de don Mauro se sumaría al oficio. Pese a su corta edad, salía a las calles aledañas a vender periódicos, ya que en esos tiempos la venta de diarios y la profesión de vocero eran muy socorridas, debido a que el radio apenas comenzaba con sus primeras transmisiones.

Años más tarde, cuando la madre de don Mauro se casó con su padre, éste también apoyó en la venta de periódicos y revistas; no obstante, en aquel tiempo no existía la venta a consigna, así que aquella mercancía que no lograban vender se acumulaba. Ante esta situación, su padre tuvo la idea de arrancar de las revistas viejas los mapas que venían en su interior y ponerlos a la venta, algo muy redituable, ya que “se vendían como pan caliente”.

En aquel tiempo las compañías utilizaban los calendarios como medio de publicidad para darse a conocer entre la población, así que era común que, en tiendas, carnicerías y otros locales comerciales se regalaran este tipo de artículos, dijo. Además, tenían diseños hechos por artistas como Eduardo Cataño, Jaime Sadurni, Luis Améndolla, José Bribiesca y Jorge González Camarena, quienes trataban de exaltar con sus imágenes hechos patrióticos; sin embargo, el mejor de todos para él fue Jesús Helguera.

El padre de don Mauro se dio cuenta que los calendarios poseían un gran valor artístico, así ideó darles un segundo uso y ponerlos también a la venta. El éxito de este nuevo giro en el negocio fue rotundo, principalmente entre los extranjeros que en ese tiempo proliferaban en la ciudad debido a que venían huyendo de los embates de la Segunda Guerra Mundial. El precio de los calendarios era de entre tres y cuatro dólares, recuerda.

Cuando su padre falleció la madre de don Mauro se quedó al frente del puesto; sin embargo, los años pasaban y la carga de trabajo se hacía cada vez más pesada, en ese tiempo don Mauro se encontraba aprendiendo el oficio de cerrajero, pero al ver cómo su madre se deterioraba con el trabajo se enfrentó al dilema de elegir entre su oficio o seguir con la tradición de la familia, fue así como decidió tomar las riendas de La Chulita.

Actualmente, en el puesto, en donde también trabaja la hermana de don Mauro, además de los calendarios únicos en su tipo en el Centro Histórico, también se

venden libros y revistas, principalmente de consulta y colección. Don Mauro dice que sus principales clientes son jóvenes a quienes les ayuda a conseguir publicaciones de difícil acceso y así contribuir al enriquecimiento de su intelecto, ya que como él mismo dice “yo vendo cultura”.

La Bombi

La vasta historia gastronómica de la Ciudad de México a mediados del siglo XX, de acuerdo con el cronista Salvador Novo, teje un puente culinario en el México postrevolucionario y el gusto aristocrático por los restaurantes de la época, tales como el famoso Sanborns, la Pastelería Ideal, el Café Colón, La Concordia, El Moro, por mencionar a algunos.

Esto nos traslada a la también famosa fuente de sodas La Bombi, ubicada en Tacuba 87, en el mero Zócalo. Aquí se reunían estudiantes de la zona como los de las preparatorias 1 y 2 y demás escuelas de los alrededores.

Para Magdalena Mares, el dinero que dejaba la venta de zapatos que realizaba su padre y hermano en Tepito, Juan y Salvador, así como los trabajos de sastrería que hacía su madre, la señora Ricarda, no era en ocasiones suficiente para poder sobrellevar los gastos de una familia de ocho integrantes.

Desde los 17 años comenzó a trabajar para poder ayudar a su familia. Su primer empleo fue en la calle de Tenochtitlán y se dedicaba a la venta de botones y cierres, sin embargo, el sueldo no era mucho.

“A una señora, no recuerdo su nombre, le comenté que si no sabía de algún trabajo por el centro, pues ella laboraba en una tienda de ropa por el Zócalo. Días más tarde me comentó que había uno disponible en un restaurante, y sin más le dije que me llevara”.

El trabajo era en el afamado restaurante La Bombi, que actualmente se llama México Viejo. Los dueños del lugar eran los Zugarramurdi, también propietarios de la lonchería con más antigüedad en la calle La Vasconia, y su socio era Juan José Echenique.

Como todo menor de edad, Magdalena tuvo que llevar una carta firmada por sus padres con la autorización de poder trabajar, pues esa fue la condición que los dueños le pusieron.

“Iba de lunes a sábado, de once de la mañana a ocho de la noche. Cuando llegaba tenía que acomodar los botes de helado y limpiar el refrigerador. Se vendían helados de nuez, chocolate, pistache, vainilla, fresa, limón y naranja, así como paletas cubiertas de chocolate. Cinco pesos en vaso y ocho en barquillo. Incluso el dueño me dijo que si yo vendía más de la meta me pagaba 100 pesos más”.

Poco a poco, los Zugarramurdi comenzaron a confiar en esa chiquilla de 17 años, así que la nueva encomienda ahora era también vender churros. “La verdad es que le iba muy bien al restaurante, pues entre semana iban chicos de la Preparatoria 2 de la UNAM y los sábados en la catedral había muchos bautizos y confirmaciones”.

Magdalena se sentía en Hollywood –dijo-, pues grandes personalidades arribaban a este restaurante: Héctor Bonilla, *Lola la Trailera*, Irma Serrano, entre otros.

Al paso del tiempo, la etapa de crecimiento llegó, le informaron que dejaría de vender helados para poder ser cajera, situación que le dio mucho gusto, pues ese nuevo empleo la acompañó por más de 20 años. Y con el cual logró sacar adelante a sus hijos.

Durante ese periodo muchos eventos se suscitaron, tales como el Terremoto de 1985, por el cual tuvieron que cerrar toda una semana, el robo al establecimiento, donde hasta centenarios fueron sustraídos.

Pero el más fuerte es cuando les informan que el lugar va a ser vendido; el momento de decir adiós llegó, cosa que más que darle tristeza, le ayudó a entender que creció como persona: “Le doy gracias a dios por permitirme conocer el Centro Histórico de la Ciudad de México, en particular Tacuba, en su esplendor”.

Creaciones D,Hilop

Bajo el pleno sol y ante la alegre música de la banda Merino Musical, el grupo de invidentes que deleita el paso de los transeúntes por las calles de Motolinia y Tacuba, caminamos rumbo al número 14.

Nuestra marcha nos llevó a un pequeño local que hoy en día colinda con el espléndido Museo Nacional de Arte (MUNAL), ese mismo que albergó por allá de 1779, durante una de las peores epidemias de viruela que hubo en la Nueva España, uno de los hospitales más importantes de la época: el Hospital de San Andrés.

D, Hilop, ése es su nombre, y ya desde hace 48 años es el orgullo de don Higinio Pérez, un hombre aparentemente celoso de contar la historia de su negocio. No cualquiera puede ganarse el derecho a escucharla.

¡Una lana! fue lo primero que emanó de su boca, provocando en nosotras una reacción inmediata de “duda”. Pero seguido de la frase afloró un par de risas; nos volvió el alma al cuerpo: la charla se daría.

Como de película de los años cincuenta, la Sonora Santanera ambientó la plática. “Como cualquier otro negocio, el mío surge de una necesidad de trabajar y superarme en la vida”. Y es que don Higinio, desde pequeño, desde que iba a la escuela, quería llegar a tener su propio negocio. Y para eso tuvo que trabajar primero como empleado, para luego juntar dinero y adquirir un traspaso. “Cuando

era joven mi idea siempre fue ser el dueño de toda la calle de Tacuba y nunca se me dio (risas)”.

Su rostro no podía ocultar la alegría que le daba contar que finalmente en 1968 la gran inauguración se dio. Pero como todo lugar, éste también tenía su propia historia, anteriormente era un pequeño lugar fotográfico. Así es, la famosa y ya desaparecida Kodak yacía en este lugar.

Más tarde, los frutos del esfuerzo comenzaron a darse y don Higinio se pudo hacer de otro local, el hoy recinto que alberga al Museo de Tortura. Sin embargo, no duró mucho tiempo con él, ya que en 1992 el Banco de México le solicitó desocupar.

Pero eso no impidió que quien vistiera al famoso pianista Alfonso Morquecho y a la inolvidable Sonora Santanera, que lucían sus ropas en los centros nocturnos más importantes de la Ciudad, el Salón México y La Fuente, conjeturara otra idea: Textilera Hidalgo fabrica su propia ropa, pero, el propio don Higinio es quien elabora los diseños. “Anteriormente nuestro giro era compra y venta de ropa. Hoy, la fabricamos.”.

La manufacturera se encuentra en Pachuca, Hidalgo, y, pese al paso del tiempo y de las generaciones, don Higinio se mantiene orgulloso de que por más de 48 años sigue vendiendo la misma ropa que lo vio nacer: de estilo clásico y dirigida a los adultos mayores.

El negocio textilero fue creciendo a la par que el Centro Histórico, calles atractivas, tradicionales. Salir a tomar un café o una copa era de lo más común. “Yo me iba caminando de aquí a la Merced, vivía allá, y no tenía problema. El tranvía pasaba, y en el MUNAL hacía parada”.

Años más tarde nace el metro, el gran monstruo urbano, que, a la postre, afectaría no solamente al negocio de ropa, sino también a los demás. Las ventas bajaron. No sólo las obras y las marchas han mermado el negocio, los sexenios presidenciales afectan también. “No hay de otra, hay que trabajarle”, concluyó un jubiloso y apasionado hombre que entre chalecos, pantalones y suéteres ha forjado su futuro y forma parte de la historia de la calle.

Josefa Sánchez Barriga, la trágica historia de una dama

Fueron 28 virreinas las que tuvo la Nueva España. Hay quienes aseguran que su presencia no era constante en los actos oficiales; sin embargo, sí tenían un papel trascendental en la vida cortesana y en las relaciones de los gobernantes con la sociedad novohispana. Pero hubo una que más que disfrutar de casas reales, grandes recibimientos y halagos, tan solo arribó a nuestro país y la desdicha nunca la abandonó.

Josefa Sánchez Barriga: ¿Quién fui?

El 16 de mayo de 1792, la ciudad de Sevilla, España, esa misma que alberga los Reales Alcázares y el Archivo de Indias, fue testigo de mi nacimiento. El día 20 de ese mismo mes mis padres, Mateo Sánchez-Barriga y Manuela Blanco y Guillén, provenientes de ilustres familias andaluzas, y con una arraigada doctrina católica me bautizaron en la imponente catedral hispalense de Sevilla, conocida como la Catedral de Santa María de la Sede de Sevilla, bajo el nombre de Josefa Juana Nepomuceno Micaela Antonia Sánchez Barriga y Blanco. Lo sé, suena a trabalenguas.

Sobre cómo transcurrieron mis años de niñez y de juventud nada se sabe, hasta yo poco sé; los recuerdos ya no vienen a mi memoria. Pero déjenme hacerles una pregunta en torno a este olvido ¿será que yo simplemente fui para México la esposa de un hombre poco trascendental en la historia? Y por eso, quizá, los libros prefirieron olvidarme.

Lo que sí más o menos permanece, al menos en mi memoria, es el día que contraí matrimonio con el entonces teniente del régimen de infantería de Ultonia, Juan de O´Donoju, en 1794. Él también español de nacimiento, vio la luz por primera vez el 30 de julio de 1762, para ser bautizado a la postre bajo el nombre de Juan Joseph Rafael Teodomiro.

Sus padres, don Ricardo Dunphy de O'Donoju y doña Alicia O'Ryan, eran oriundos de Irlanda, pero las persecuciones religiosas de aquellos tiempos bajo las órdenes del rey Jorge I, los obligaron a huir.

Déjenme decirles que una de las pocas personas que se interesó en mi vida fue Javier Sanchiz Ruiz, investigador mexicano que trabaja en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. En abril de 2007, él inició un proyecto académico denominado "Familias novohispanas. Un sistema de redes", con el cual ha intentado rescatar datos sobre mis orígenes, mi familia, mi pasado; sin embargo, a la fecha poco ha logrado al respecto. Aun así agradezco el esfuerzo.

Insisto, tal parece que la historia quisiera condenarme por algo que yo no cometí y destinarme al cruel olvido.

Personajes ilustres que rodearon mi vida

El 20 de agosto de 1842, las migajas de honras fúnebres que recibí me llevaron a Santa Paula. Sí, aquel panteón que se ubicó en las calles de Mosqueta, Moctezuma y Camelia en la hoy colonia Guerrero.

El panteón de Santa Paula, ese mismo que le dio sepultura a mi cuerpo, abrió sus puertas al público en 1836, debido a la falta de espacios que había en los panteones vecinos en aquella época. Incluso, la marquesa Calderón de la Barca,

sí, aquella escocesa que se fue fascinada de México, luego de vivir dos años en él, decía que Santa Paula era un lugar “agradable y bello”. Pero ¿qué de bello puede tener estar junto a las víctimas de epidemias de cólera?

¿Por qué no me enterraron con mi esposo en la Catedral de México, que sí recibí los honores de virrey, o por qué no me llevaron al memorable Panteón de San Fernando?, allí en donde reposa ahora el presidente Juárez y su esposa, Margarita Maza, y otros famosos políticos y generales como Anastasio Bustamante e Ignacio Comonfort.

Pero, ¿qué podría esperar una mujer como yo que me vi rendida ante la necesidad y las grandes penurias. Era obvio que mi última morada tendría que ser ese lugar en donde eran sepultadas las personas más humildes. Por cierto, quién fue mi vecina en este cementerio fue Leona Vicario (1789-1842), “la mujer fuerte de la Independencia”, y considerada la primera periodista de México.

Tal vez se pregunten por qué hablo con tanto disgusto y me quejo de las pobres ofrendas que recibí. Bueno, pues yo, María Josefa Sánchez Barriga y Blanco de O'Donojú, la última virreina de la Nueva España y esposa de Juan de O'Donojú, ¡no merecía el trato que se me dio!

Está bien, lo acepto, mi esposo no gobernó, pero fue uno de los signatarios del acta de Independencia de este hoy su México, su México querido. Sin embargo, puedo decir que fue el peor error que pudo cometer. El rey felón de España, Fernando VII, se enojó con nosotros, y es que decía que envió a mi esposo a

conservarle las tierras no a que las entregara, así como si nada, sin avisarle. Lo declararon traidor y, por tanto, yo no podía volver a mi amada España.

Un mes más tarde de firmar los tratados de Córdoba, O'Donojú murió sorpresivamente. Los chismes comenzaron a correr. Según el escritor Carlos María de Bustamante hubo dos versiones sobre su muerte: sucumbió por una pleuresía, que fue el diagnóstico que me dio el doctor, o fue envenenado por Agustín de Iturbide. Sí, el mismo emperador de México con quien entró triunfante mi O'Donoju. Ese mismo que también asistió a su entierro con los principales jefes del Ejército Trigarante. Ahora que lo pienso, por los momentos de lucha y conflicto que se vivieron en esa época no lo descarto.

¡Oh, mi pobre esposo! No pudo cosechar éxitos, ni reconocimientos; la muerte le llegó repentinamente, y yo, yo me quede completamente sola.

De una vida ostentosa a la cruel indigencia

No toda mi vida fue pobreza, penurias, hambre. Al provenir de una ilustre familia andaluza estaba acostumbrada a los lujos, no sabía que era padecer carencias. Yo gustaba de las joyas, de las mejores galas y de tener mis sirvientes de confianza. Me casé, y las cosas no cambiaron, hasta que arribé el 3 de agosto de 1821 al puerto de Veracruz, pues de todo lo que yo gustaba nada obtuve y nada me quedé. Aquí comenzaría a escribirse el pasaje más terrible de mi vida, y el cual también sellaría el fin de la misma.

Marcada hoy en día con el número 65 de la calle de Tacuba, antes la número 19, una casona de cantera y tezontle del siglo XVIII, actualmente rodeada de perfumerías, zapaterías, piratería, propiedad del duque de Terranova y Monteleone, descendiente del conquistador Hernán Cortés, nos cobijó a mi esposo y a su servidora a nuestro arribo a la Ciudad de México.

Se dice que la propiedad fue resultado de la división que se realizó con fines comerciales de la cuadra que en aquellos tiempos formaban una sola y que abarcó las calles del Empedradillo, hoy Monte de Piedad, Madero, Isabel la Católica y Tacuba. Aunque el propietario original de este territorio fue un tal Moctezuma Xocoyotzin, el último tlatoani mexicana de Tenochtitlán.

Hablando de mis pertenencias, esos grandes cofres, que se supone abrirían para sacar mis mejores prendas, no me dieron más que vestidos negros y algo de dinero para sobrevivir, y qué decir de mis joyas, que también me dieron casa y sustento. Es más, yo nunca fui a uno de esos grandes bailes en los palacios. Literalmente, a la muerte de mi esposo, el mundo me olvidó.

Con la sorpresiva partida de O'Donoju pasé a ser la “viuda”, ya no era virreina. Bueno, quizá en realidad nunca lo fui. Quedé completamente sola en un país en el que no conocía a nadie.

Con la firma de esos documentos (Tratados de Córdoba) y la proclamación de Agustín de Iturbide como el primer emperador de México en 1821, el Congreso

Constituyente -ubicado en la antigua iglesia de los jesuitas-, gracias a los buenos servicios de mi esposo, determinó que se me diera una pensión de mil pesos. Fue un alivio en ese momento, pensé que ya no pasaría más privaciones y descomodidades.

Pero bien dicen que en la vida nada es “duradero”. El 1 de febrero de 1823 se proclamó el llamado “Plan de Casa Mata” por Antonio López de Santa Anna, la “Alteza Serenísimas”; el hombre al que le gustaba el cachondeo, las mujeres, el juego, los gallos. Como consecuencia de esto, se dio la abdicación de Iturbide. Vaya lío el que se armó. Con todos estos cambios, la Hacienda Pública quedó completamente en bancarrota, no había dinero.

Como podrán imaginarse, el nuevo gobierno que le iba a seguir pagando mil pesos de pensión a una mujer como yo. Sin más, me fue retirada la ayuda. Y mi calvario regresó.

Unos documentos que se encuentran en el Archivo General de la Nación hacen constancia de que el historiador y político mexicano Lucas Alamán presentó una demanda en mi contra, por la cantidad de 2,387 pesos por deberles dos años de renta de la propiedad que ocupé en Tacuba, como les comenté.

Mi vida cada día iba empeorando. Por allá de 1838 un antiguo combatiente de la Independencia, Mariano Michelena, pasó a formar parte del gabinete del presidente Anastasio Bustamante. Él se compadeció de mí y prometió darme una

pensión de 500 pesos mensuales. Esa cantidad, pensé, me sacaría de la mala y humillante vida que padecí. Sin embargo, el dinero prometido nunca llegó.

Sin más, terminé abandonando Tacuba, por lo que vague y vague de lugar en lugar, sobreviviendo con el dinero que obtuve de la venta de las pocas pertenencias que aún me quedaban. Pero mis deudas seguían creciendo y la desolación cada vez se apoderaba más de mí.

La necesidad era extrema, nadie me tendía la mano. Dice el historiador Artemio del Valle-Arizpe que La Güera Rodríguez, que daba socorro a los pobres, le reclamó a Carlos María de Bustamante no haberle contado mi desdicha. Ya no hay más que decir, las cosas se dieron así, y yo, la esposa del virrey que formó parte de los eventos más trascendentales en la historia de México, morí pobre, sola, en la indigencia y con mi último y fiel compañero: una taza de café.

A manera de conclusiones

El presente trabajo periodístico, a través de la crónica urbana, nos permitió conocer más a fondo el valor histórico de una de las calles más antiguas de América, la de Tacuba, el misterio que encierran sus edificios y casonas, la historia de quienes la habitaron y la habitan actualmente.

Cierto es que la curiosidad fue parteaguas para el inicio y desarrollo de este trabajo, pues a partir de querer conocer un poco más descubrimos extraordinarios lugares, pasajes, relatos, personajes, que ningún libro nos pudo haber dado.

Descubrimos que es una calle fascinante, ya que además de ser la más antigua de la Ciudad de México junto con Tlalpan, fue pionera al integrar comercios como: panadería, cafetería, perfumería, zapatería y gimnasio, además de ser forjadora de movimientos sociales: conspiraciones en la Independencia y mujeres feministas en la Revolución.

Al mismo tiempo, los relatos de los entrevistados, desde su punto de vista, nos permitieron descubrir cómo ha cambiado la calle, las personas y la ciudad en más de 100 años.

El trabajo de investigación no sólo nos permitió conocer los hechos históricos ya conocidos, sino también aquellos mitos que envuelven a Tacuba, como la posible

existencia de un tesoro compuesto de piezas de oro que yace escondido a lo largo de la calle, fruto de la huida de los conquistadores en la conocida Noche Triste.

Durante el proceso de realización fuimos identificando que Tacuba, en tiempos prehispánicos, fue la más importante, dado que era la única vía de acceso entre tierra firme y el lago de Texcoco, además de ser la principal fuente de transporte de agua a los pobladores de la antigua Tenochtitlán. Sin embargo, con el paso de los años fue perdiendo protagonismo, quedando por debajo de Madero, la favorita de la aristocracia y de los grandes almacenes, convirtiéndose en el refugio de los herreros.

Pese a albergar en sus casonas famosos personajes de la vida política, literaria, social, cultural, etcétera, nunca se le dio la importancia que esto implicaba. Hecho que se sigue preservando hasta nuestros días, y es que hoy lo único por lo que destaca esta fascinante vía es por tres construcciones: Palacio de Correos, MUNAL y el Palacio de Minería.

Podemos decir que los objetivos trazados para este proyecto se cumplieron parcialmente. Sí abordamos la historia de la calle, encontramos las figuras más importantes que habitaron en ésta y en la casona número 65, le dimos voz a esas historias de nuevos personajes que hoy habitan en ella. Sin embargo, nos topamos también con las barreras económicas, históricas y de fronteras, mismas que no nos permitieron del todo ahondar más en la vida de doña Josefa Sánchez Barriga.

No obstante, este hecho desarrolló más nuestro periodismo de investigación. Buscamos ir más allá de lo que los mismos libros, que eran pocos, nos daban. Nos acercamos al Archivo General de la Nación, buscamos esas famosas cartas que se dice que escribió, incluso el famoso cronista Héctor de Mauleón no pudo dar con ellas. Nadie sabe su ubicación. Pero esto no nos detuvo hasta dar con documentos muy valiosos que soportan nuestro capítulo tres, las “Actas de desalojo por no pagar renta”. Además, pudimos tener acceso al pequeño Árbol Genealógico de la última virreina de la Nueva España, a través de un estudio que aún no concluye el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM.

Muchos retos se presentaron en nuestro camino, como la desconfianza de las personas a la hora de ser entrevistadas (se mostraban incrédulas o renuentes a colaborar). Sin embargo, como reporteras que nos fuimos forjando, con optimismo y perseverancia, conseguimos romper el hielo con ellos. También nos cerraron las puertas en algunos lugares, nos rechazaron entrevistas, pero nunca perdimos de vista nuestro objetivo. *La calle de Tacuba, crónica de una vida fastuosa que por azares del destino culminó en la indigencia* nos convirtió en investigadoras, reporteras, relacionistas públicas, historiadoras.

La importancia de este trabajo radica en que como miembros de una sociedad es prescindible conocer el antes y después de nuestra propia historia, pues nos ayudará a entender quiénes somos y el entorno del que venimos. La belleza del Centro Histórico no sólo es arquitectónica, ofrece un abanico de posibilidades culturales, históricas, recreativas y demás, que lo convierten en el lugar por

excelencia de visitantes nacionales y extranjeros. Las nuevas generaciones deben comprender y entender la riqueza cultural que este sitio entrañable nos ofrece, y los misterios reservados que aún esconde.

A partir de este trabajo futuras generaciones podrían retomarlo como el inicio de un nuevo proyecto encaminado a dar con más información sobre la última virreina, y porque no ir hasta el país de origen de la misma; indagar más allá de lo que los propios libros nos pueden decir; salir y buscar esas historias de todas esas calles que merecen seguir preservándose, y es que nuestra ciudad pide a gritos seguir siendo descifrada.

Fuentes de consulta

- **Bibliografía**

Argueta, Germán, *Crónicas y Leyendas Mexicanas*, Editorial Lectorum, México, 2005.

De Valle-Arizpe, Artemio, *Por la vieja Calzada de Tlacopan*, México, 1937.

–, *La Güera Rodríguez*, Editorial Alpe, México, 1950.

De Mauleón, Héctor, *La ciudad que nos inventa*, Ediciones Cal y Arena, México, 2015.

Díaz del Castillo, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva-España*, Editorial Porrúa, México, 2015.

González, Luis, *Las calles de México*, Editorial Porrúa, México, 1988.

Prieto, Francisco, *La francesa del Café de Tacuba*, Ediciones Coyoacán, México, 1998.

Ortega, Juan, *Zaguán abierto el México Republicano*, Editorial UNAM, México, 1987.

Rojas, Alejandro y Ricardo Colina, *Hablemos de la Ciudad*, Editorial Porrúa México, 2010.

Romero de Terreros, Manuel, *Bocetos de la vida social en la Nueva España*, UANL, México, sf.

Von Mentz, Joachim, *México Tacuba*, México, 2011.

Sefchovich, Sara, *La suerte de la consorte*, Editorial Océano exprés, 2013.

- **Hemerografía:**

Bravo, José, “*Ritos y retos del Centro Histórico*”, núm. 66, septiembre-octubre 2012, p. 37.

De Mauleón, Héctor (2015). “*La calle más antigua de América*”. Nexos. 1 septiembre.

De Mauleón, Héctor (2015). “*La virreina fallida*”. Nexos. 1 septiembre.

- **Videografía:**

De Mauleón, Héctor, Cynthia Francesconi, *El foco*, Canal 40 (televisión abierta), domingos 17:00hrs., 2 de septiembre 2012.

De Mauleón, Héctor, Cynthia Francesconi, *El foco*, Canal 40 (televisión abierta), domingos 17:00hrs., 9 de septiembre 2012.

Francesconi, Cynthia, *Leyenda Urbana: Calle de Tacuba*, Canal 40 (televisión abierta), sábado 21:30hrs., 9 marzo 2013.

Hidalgo, Rodrigo, *La Ciudad de México en el Tiempo: Tacuba*, Canal Once (televisión abierta), 17 julio 2015.

- **Cibergrafía**

Revista electrónica

Ortega, Sandra, “*Km.cero*”, núm. 46, mayo 2012,

<http://www.guiadelcentrohistorico.mx/kmcero/portada/46>

Rosas, Alejandro, “*Vicisitudes de un cadáver: Maximiliano en el templo de San Andrés*”, <http://fox.presidencia.gob.mx/mexico/sabiasque/?contenido=18982&pagina=4>, 2005.

- **Entrevistas**

Elena Balderas Calderón, entrevistada por Paola Gutiérrez Guzmán el 7 de noviembre de 2014, en las instalaciones de la zapatería Tacuba.

Luis Daniel Martínez Beltrán, entrevistado por Paola Gutiérrez el 30 de agosto de 2014, en las instalaciones del Museo Interactivo de Economía.

Héctor de Mauleón, entrevistado por Alejandra Falcón Herrera y Paola Gutiérrez Guzmán el 25 de marzo de 2015, en las oficinas de la revista Nexos.

Isela Rosales Marín, entrevistada por Alejandra Falcón Herrera el 27 de mayo de 2015, en las instalaciones de la Biblioteca General del Congreso de la Unión.

Elizabeth Fuentes, entrevistada por Alejandra Falcón Herrera el 27 de mayo de 2015, en las instalaciones de la Biblioteca General del Congreso de la Unión.

Magdalena Falcón Mares, entrevistada por Alejandra Falcón Herrera el 18 de julio de 2015.

Jesús Cruz, entrevistado por Alejandra Falcón Herrera el 20 de agosto de 2015, en las instalaciones de la perfumería Novelty.

Raquel Valenzuela, entrevistada por Alejandra Falcón Herrera en las instalaciones de la perfumería Novelty.

José Antonio Zugarramurdi, entrevistado por Paola Gutiérrez Guzmán el 18 de abril de 2015, en las instalaciones de la panadería Vasconia.

J. Hernández, entrevistado por Alejandra Falcón Herrera el 18 de abril de 2015, en las instalaciones del Museo del Ejército.

Silvano Ortega, entrevistado por Alejandra Falcón Herrera el 18 de abril de 2015, en las instalaciones del Club de Periodistas.

Mauro Fuentes, entrevistado por Paola Gutiérrez Guzmán el 20 de abril de 2015, en el puesto de periódicos y revistas la Chulita.

Higinio Pérez, entrevistado por Alejandra Falcón Herrera el 24 noviembre de 2015, en las instalaciones del local de ropa para dama Creaciones D´Hilop.

Juan Carpio Hidalgo, entrevistado por Paola Gutiérrez el 24 noviembre de 2015, en las instalaciones de la zapatería Jetzibe.

Javier Sanchiz, entrevistado por Alejandra Falcón Herrera y Paola Gutiérrez Guzmán el 19 de septiembre 2016, en las oficinas de ciencias históricas.

- **Proyecto académico**

Sanchiz, Javier y Gayol Víctor, "Familias novohispanas. Un sistema de redes".

Proyecto académico desarrollado por el Centro de Investigaciones Históricas de la UNAM. México, abril 2007.

Museo Interactivo de Economía, material fotográfico en diapositivas (versión Power Point).

Anexo



Biblioteca del Congreso de la Unión
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez



Así luce hoy la Zapatería Tacuba
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez



Panadería y Lonchería La Vasconia
Fuente: Alejandra Facón y Paola Gutiérrez



Perfumería Novelty
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez



Placa que indica dónde vivió Francisco González Bocanegra
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez



Vista actual de la casa que habitó Francisco González Bocanegra
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez



Foto actual de la Zapatería Jetzibe
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez



La Chulita
Fuente: Google



La Chulita
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez



Hoy en día así luce La Bombi
Fuente: Alejandra Facón y Paola Gutiérrez



Fotos tomadas a una trabajadora de La Bombi en los años setenta
Fuente: Magdalena Falcón



Creaciones D, Hilop
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez



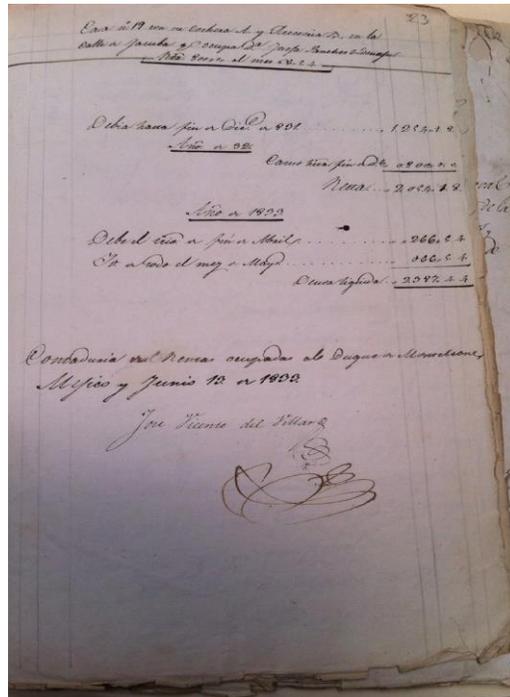
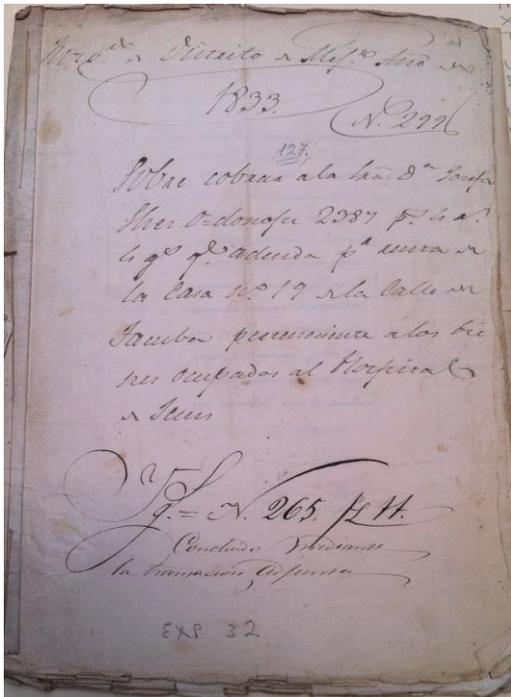
Foto de la casa número 65 de la última virreina de la Nueva España
Fuente: *Por la vieja Calzada de Tlacopan* De Valle-Arizpe, Artemio



Vista actual de la casa número 65 de la última virreina de la Nueva España
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez



Actualmente la casa número 65, donde habitó la última virreina de la Nueva España
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez



Fotos tomadas a los documentos de desalojo de la última virreina Josefa Sánchez Barriga
Fuente: Alejandra Falcón y Paola Gutiérrez